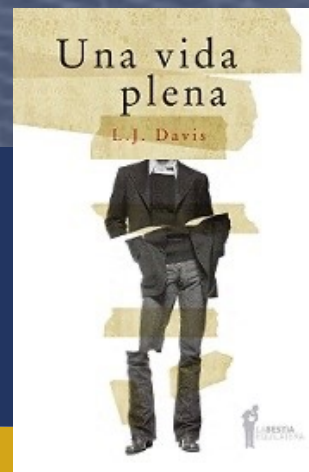


Visita
al territorio de

L.J. Davis



La Escalera
Lugar de lecturas

Este es el lugar. Adelante.

BRIGHAM YOUNG,
al llegar al valle de Salt Lake

*Brigham, Brigham Young,
es un milagro que sobreviviera,
con sus carneros rugientes,
sus bonitos corderos
y sus cuarenta y cinco esposas.*

CANCIÓN TRADICIONAL DE IDAHO

1

LOWELL LAKE ERA ALTO Y DELGADO, con pelo fino y rubio y una actitud distante y absorta pero afable, como si el mundo no lo afectara como a otros y las voces que lo rodeaban fueran agradables pero tenues. Era propenso a distraerse y siempre pedía que le repitieran las cosas. Daba la impresión de que los demás lo aburrían, aunque no en un mal sentido: en realidad parecían arrullarlo. A menudo se adormilaba ante el escritorio, mirando por la ventana con ojos vacíos.

Una mañana, poco después de cumplir treinta años, Lowell se despertó y cayó en la cuenta de que su empleo no era provisorio. Como si un ángel flamígero lo hubiera visitado en sueños con un mensaje apocalíptico, saltó de la cama al borde del pánico, mirando en derredor con ojos desorbitados. Su empleo no era provisorio y las cosas no mejorarían. No empeorarían, salvo que ocurriera una catástrofe imprevista, como una guerra atómica o un trastorno mental, pero no mejorarían. Ese era el meollo de la cuestión. Había encontrado su nivel, y ahí estaba. Era secretario de redacción de un semanario de segunda dedicado a la plomería, un trabajo que hacía aceptablemente, aunque sin entusiasmo. Con una suerte de conmoción obtusa, comprendió que era el empleo adecuado para un hombre como él. Un día sería director de esa revista o algo similar. Un logro poco envidiable. Pero no servía para otra cosa, así que no tenía otra salida.

—¿Qué dijiste? —preguntó su esposa con voz soñolienta, rodando en la cama y mirándolo desde abajo de la mano.

Lowell no sabía que había dicho algo.

—Me pareció que decías algo —murmuró ella. Bostezó—. Quizá estuvieras soñando. Sonó como un gruñido.

—No es nada —dijo Lowell—. Solo me estaba... desperezando. —Se desperezó y gruñó exageradamente, a modo de demostración—. Así. Eso debió de ser lo que oíste.

—Ajá —dijo ella—. Vuelve a la cama y espera la alarma.

Normalmente Lowell se quedaba en la cama el mayor tiempo posible, tratando de no despabilarse, y nunca desistía del todo. Algunos fines de semana se quedaba en la cama hasta el mediodía y luego arrastraba los pasos por el departamento, hasta que llegaba la hora de irse a dormir. Esa mañana miró la cama con temor y resentimiento.

—Estoy demasiado despierto para eso —dijo. Su esposa rodó y volvió a dormirse.

Lowell se vistió con furia. Quería salir de la habitación antes de que sonara la alarma y tuviera que mirar mientras su esposa se ponía la faja y se abrochaba el corpiño. Habitualmente estaba medio dormido cuando pasaba esto, y pensó que no lo soportaría despierto. Acomodándose la camisa con prisa desesperada, atravesó el pasillo para ir al baño, tras un vago intento de dirigirse a la cocina. El departamento estaba construido alrededor de un angosto y sinuoso pasillo central y Lowell siempre se desorientaba, aunque hacía tres años que vivía allí.

Orinó, se afeitó apurado y con flemática imprecisión, y trotó por el pasillo hasta la cocina (tras haber dado un paso hacia el *living*) justo cuando sonaba la alarma del despertador. Era un sonido detestable. En un instante cesó, y oyó que su esposa golpeaba la almohada en el lugar donde tendría que haber estado la cabeza de él.

—¿Lowell? —llamó, titubeando—. ¿Querido?

—En la cocina —dijo Lowell—. Preparando café.

—Ah —dijo ella. Hizo una pausa—. Ah, sí, ya recuerdo. Te levantaste.

—Así es —dijo Lowell—. Me levanté. —Alzó la mano frente a la cara y observó sus dedos trémulos. Rio nerviosamente, calló.

—Esta mañana te pasa algo —dijo su esposa cuando se sentaron ante el café instantáneo y la tarta de moca congelada. Sus desayunos no eran succulentos—. Tienes cara rara. ¿Viste algo en las noticias?

—Treinta —dijo Lowell sin pensar—. Es decir —se corrigió—, no, no me pasa nada. ¿Por qué crees que me pasa algo? Me desperté temprano.

¿Está mal despertarse temprano?

—Olvídalo —dijo su esposa. Se pusieron el abrigo y caminaron juntos hasta la estación del tren subterráneo. En la calle 42 su esposa se bajó y abordó el autobús que la llevaba al lugar donde pulsaba teclas de computadora, o lo que fuera. Lowell siguió viaje al centro, usando un gorro de lana. Miró sombríamente su reflejo borroso, que se zarandeaba en la ventanilla. Era un tonto gorro de lana.

—Santo Dios, ¿qué te pasa esta mañana? —le preguntó su jefe, un hombre llamado Crawford. En su juventud, Crawford había desarrollado una fijación con Perry White, el jefe de *El Planeta de Metrópolis*, que había modelado su carácter y determinado el rumbo que seguiría su vida. Evocaba esos tiempos con nostálgica desazón, y se habría cortado la lengua antes de admitir que su vida sufría la influencia de un personaje menor de una serie radial para niños (el personaje de la historieta no lo había afectado en lo más mínimo), pero esa era la verdad. En general lograba no pensar en ello, pero en ocasiones se acordaba súbitamente y se sentía como un idiota redomado—. ¡Presta atención, Lake! —ladró—. Te pregunté qué te pasaba.

—Ya te he oído —dijo Lowell, atacando con saña los papeles de su escritorio, recogiendo uno para tirarlo, garrapateando una nota en el margen de otro, impulsado por una necesidad apremiante pero difusa—. No te sulfures —rugió.

Crawford se sobresaltó y miró a Lowell con un rostro donde ya afloraba el miedo. Crawford (un hombre apocado, no mucho mayor que Lowell) vivía con el terror constante de que un día un subalterno astuto le birlara el empleo. Estaba convencido de que un aprendiz enérgico y animoso ascendería a jefe de redacción, y en consecuencia seleccionaba el personal por su cobardía y su apatía. Nunca había tenido ningún problema con los aprendices, pero una vez había tenido que hacerle la vida imposible a un redactor joven, al punto de que el hombre había terminado por renunciar, un poco histéricamente. El soñoliento Lowell Lake era la clase de empleado que él buscaba, y Crawford se había encargado de que ascendiera rápidamente hasta un puesto en que servía como amortiguador contra cualquier amenaza de abajo. El camino a la jefatura de redacción pasaba por la secretaría de redacción, y aunque eliminaran a Lowell, Crawford aún

podría deshacerse de ellos antes de que juntaran fuerzas para otro ataque. En estas circunstancias, la muestra de inaudita energía de Lowell era alarmante, y Crawford no sabía cómo encararla. Atentaba contra el orden natural y contra su experiencia, y confirmaba su oscuro y secreto temor de que un día lo eliminarían, aunque él hiciera todo lo posible para impedirlo.

—Cualquier idiota puede hacer este trabajo —rugió Lowell, mirando un papel como si tuviera escrito un insulto procaz. Lo firmó con furia, lo puso en el cesto de papeles salientes y recogió otro—. Cualquiera idiota.

—Cálmate, Lake —murmuró Crawford.

—¿Te das cuenta de que jamás en mi vida he reparado una cañería? —rezongó Lowell—. ¿Qué sé yo sobre plomería? Te diré lo que sé. Nada de nada.

—¿Alguien se ha vuelto loco de remate por aquí? —bramó Crawford, imitando desesperadamente a su héroe. Se metió el cabo del cigarro en la boca y entró furibundo en su oficina, ladrando el nombre del subsecretario de redacción, que apareció al instante, solo para ser mandado al cuerno.

—Lo he descubierto —le dijo Lowell a su esposa esa noche mientras preparaban la cena. Lowell picaba las verduras y su esposa trinchaba la carne—. Sé cuál es mi problema. No tengo una vida plena. De eso se trata, en resumidas cuentas.

—Yo sabía que algo te inquietaba esta mañana —dijo su esposa.

—No es que algo me inquietara esta mañana —dijo Lowell, bebiendo un buen sorbo de *gin tonic*. Había estado bebiendo *gin tonic* desde que había llegado a casa, y ya estaba bastante achispado—. Es decir, no es eso sino otra cosa. Es que hace años que algo me inquieta, ¿entiendes? Años.

Su esposa lo miró por encima del hombro con una perplejidad teñida de alarma, como si temiera que él estuviera a punto de confesar una pasión secreta por Arlo Povachik, el maduro y lerdo portero, que rara vez estaba en su puesto cuando debía.

—No entiendo de qué hablas —dijo—. No te expresas con claridad. Quizá puedas explicarte mejor.

Por ser una experta en informática, ella no captaba los conceptos con facilidad, pero era tenaz y nunca cejaba. Su mente era capaz de analizar un concepto abstruso durante horas, sacudiéndolo como una muñeca de trapo

hasta descubrir si era bueno o malo para ella, significativo en algún sentido o absolutamente insignificante. En años recientes, Lowell era cauteloso con esa tendencia aparentemente incurable, y en general cortaba por lo sano con una mentira rápida y simplista. Ahora mintió, a pesar de su ebriedad.

—No sé qué me inquietaba esta mañana —dijo, sirviéndose otro trago con dedos inestables, más *gin* que agua tónica. Volvió a la mesa y se puso a cortar las zanahorias en rodajas desparejas—. Habré tenido un sueño.

—Déjame hacer eso —dijo su esposa, confiscando las zanahorias con expresión cariñosa.

Más tarde, sentado a solas en la penumbra de ese *living* de forma extraña, Lowell, lleno de comida, saciado sexualmente, y aún bastante ebrio, bebía agua helada y meditaba sobre su vida. Sus padres tenían un motel en la carretera 30, en las afueras de Boise, Idaho. Eran gente distraída, pálida y delgada que no tenía la menor idea de que regenteaba un nido de amor para comerciantes del centro, alumnos del colegio secundario y políticos del estado, entre quienes eran apreciados por su tolerancia, probidad y discreción. (En realidad, casi todo era despiste). Lowell había tenido una infancia grata y libre de exigencias, exenta de influencias estimulantes o deprimentes. Le iba bien en la escuela, pues tenía una memoria excelente y una personalidad dócil. Tardó años en darse cuenta de que sus padres dirigían un burdel con autoservicio, y aun entonces no le molestó demasiado. Nadie le daba importancia; un par de las muchachas que frecuentaban el lugar habían tomado café con su madre desde que él tenía memoria, y no le impresionaba ni lo enojaba que algunos de los hombres más respetados y poderosos del estado se quitaran los pantalones en habitaciones que él aseaba todas las mañanas. Se graduó quinto en su curso de la secundaria, detrás de tres estudiantes especializados en economía doméstica y el hijo de un veterinario, un joven de aspecto raro que tenía mal cutis y nunca hablaba con nadie, y que se suicidó al llegar septiembre después del Día del Trabajo^[1].

Gracias a sus calificaciones (y un poco para su sorpresa), Lowell fue aceptado en Stanford, pero su familia no había ganado dinero con el motel, a pesar de que nunca mermaba la clientela, y no tenía los medios para enviarlo. Lowell ansiaba estudiar en Stanford ahora que lo habían aceptado,

y tras mucho cavilar se armó de coraje y le escribió una carta al político más poderoso que conocía, el juez Lionel B. Crosby. El juez Crosby visitaba el motel en ocasiones, y siempre le decía que lo llamara si él podía ayudar en algo. A menudo manifestaba su admiración por la inteligencia de Lowell, apoyándole la mano en la cabeza y sobándola como tratando de palpar el cerebro a través del cráneo. Lowell no le tenía gran simpatía. Escribió:

Estimado juez Crosby:

No molestaría a un hombre de su importancia con un asunto que no puede ser importante para usted, aunque lo es para mí, pero usted ha sugerido a menudo que le agradecería hablar conmigo si me topaba con algún problema. He decidido aceptar su ofrecimiento. Mi problema es el siguiente: me han aceptado en la Universidad de Stanford, California, pero no me dieron una beca y mi familia no puede costearla, así que me preguntaba si existe algún tipo de fondo con que el estado, el condado o cualquier otra entidad oficial solviente los gastos de aspirantes universitarios en mi situación. Si usted conoce alguno, le agradecería que me informe sobre ellos. Si está demasiado ocupado para esto, lo entenderé, porque sé qué es una imposición y no le habría escrito si usted no hubiera tenido la amabilidad de alentarme a hacerlo, y tendré que pensar en otra cosa.

*Su humilde servidor,
Lowell P. Lake*

Lowell la leyó una y otra vez y decidió que era una carta pésima. No se parecía en nada a las misivas amables y concisas que la gente enviaba a Sherlock Holmes cuando imploraba su asistencia, y Lowell la desechó. Hizo tres intentos más. No pudo terminar dos de ellas, y la sintaxis de la tercera era tan farragosa que no tenía el menor sentido. No sabía qué hacer, y con una suerte de morbosa desesperación terminó por despachar la primera carta. De inmediato se arrepintió, pero ya estaba en el buzón, y no

quedaba más remedio que sentarse a esperar a que alguien viniera a reprenderlo por haberla escrito.

El juez Crosby tembló de miedo al leer la carta.

En intervalos de tres meses durante cinco años, el juez Crosby se había encontrado con el director de una banda musical itinerante en el motel de los padres de Lowell, para pasar la noche con él. El juez consideraba que era un acto sucio y pecaminoso, pero se había entregado a sus pasiones tiempo atrás y ya no podía contenerse. Vivía con su anciana madre en una vieja casona del centro de la ciudad, donde tenía un estudio abarrotado de libros con un busto de Homero y un elegante hogar de mármol. En el hogar quemaba ciertas cartas que recibía el segundo lunes de cada mes y también las diversas publicaciones que le llegaban de Nueva Jersey en sobres que decían: «Material pedagógico». En verano desperdigaba las cenizas bajo los arbustos del jardín, donde harían el mayor bien. En invierno las ponía en la vereda con los residuos de la chimenea, y nadie se enteraba de nada.

El juez había vivido muchos años con terror a la extorsión y a la denuncia. Durante dos décadas su mente se había consagrado a las aparatosas sutilezas y los intrincados rigores del derecho, y ahora, como un médico que ve síntomas dondequiera que mira, no podía pensar de otra manera. Cuando trataba de imaginar cómo sería la carta de un chantajista, siempre se parecía a la carta que le había mandado Lowell. Era el tipo de carta que el juez habría escrito si hubiera tratado de chantajear a alguien: la amenaza estaba allí, pero no había nada que se pudiera denunciar en un tribunal. No dudó ni por un instante de que ese hijo de perra lo había descubierto; era absolutamente obvio, y había llegado el momento de pagar por sus actos. Siempre había sabido que algún día ocurriría. El rival del juez en las siguientes elecciones era un cretino sin escrúpulos que estaría encantado de conocer ese secreto vergonzoso, y todavía más encantado de difundirlo. Sin duda Lowell planeaba confiar la información a ese rival si el juez no satisfacía sus condiciones. Eso habría hecho el juez si hubiera estado en el lugar de Lowell. Más aún, ya había hecho algo parecido, no una sino varias veces.

El juez pasó la tarde encerrado en su estudio con la carta de Lowell y un frasco de pastillas para el corazón. Estaba tan seguro de que se trataba de un

chantaje que ni por un instante se le ocurrió que fuera otra cosa; el juez Crosby había esperado un chantaje por tanto tiempo que de lo contrario se habría ido a la tumba decepcionado, quizá aliviado de que todo hubiera concluido pero con una extraña insatisfacción. Al final del día puso la carta de Lowell en el hogar y la quemó, aplastando las cenizas con la punta de un atizador. Luego se sentó al escritorio y comenzó una afectuosa y jovial carta de respuesta, mencionando un fondo privado confidencial cuya existencia no era muy conocida.

Así fue como Lowell fue a Stanford. Lo pasó bien en la universidad y nunca volvió a pensar en cómo había llegado allí; el camino siempre se le allanaba de un modo u otro. (Dos años después de que Lowell se diplomó, los enemigos políticos de Crosby sorprendieron al juez en un desfalco, y fue arrestado. Confesó inmediata y locuazmente que también era homosexual, lo cual asombró a todo el mundo y causó un pequeño escándalo).

En Stanford, Lowell se diplomó en literatura. Siempre había sido su materia favorita y no lo comprometía a hacer nada específico en su vida posterior, lo cual le parecía estupendo. No sabía qué haría en su vida posterior, e incluso estas palabras no significaban nada cuando trataba de aplicárselas a sí mismo. Pensaba seguir adelante y obtener un doctorado, pero no veía mucho más lejos, y aun esto era borroso. A veces le parecía que todos los adultos que había conocido eran viejos y tranquilos, la clase de gente que hacía su vida tal como hacía la cama, pulcra y limpia y tensa en las esquinas, sin preocuparse por la manta, y aunque Lowell suponía que debía de haber sido agradable para ellos, no parecía tener nada que ver con él. Cuando pensaba en el futuro, suponía que las cosas seguirían tal como habían sido siempre, y que al egresar de la universidad (siempre que egresara) adoptaría una existencia muy similar a la que siempre había conocido, en la que la gente le encomendaba tareas y lo elogiaba cuando las hacía bien. Siempre las hacía bien, aunque sin mayor originalidad, y descollaba más por su gran sentido de la responsabilidad que por la agudeza de su intelecto; en su club gastronómico era el presidente del comité que se encargaba de la limpieza después de las fiestas.

Conoció a su futura esposa a principios de su segundo año en la universidad, y de inmediato la apodó Tex por motivos que ni siquiera él

entendía, pero la broma, si eso era, pronto se desgastó y con el tiempo no usó más nombres, o al menos nombres que pudiera usar en público. Cuando quería llamarle la atención en una sala atestada la llamaba «querida», que a él mismo le parecía un recurso flojo y siempre lo avergonzaba. Ella se llamaba Betty y era oriunda de Flatbush. Lowell no podía creer que de veras existiera un sitio como Flatbush, así como no creía en Allen's Alley y Wistful Vista, y no se imaginaba casándose con una muchacha llamada Betty, así como no se imaginaba casándose con un caballo de Kentucky. En lo concerniente a Lowell, la vida de ella empezó el día en que la conoció y se desarrollaba exclusivamente en lugares que él conocía. Cuando llegaron las vacaciones y ella regresó a Flatbush y volvió a ser Betty, fue casi como si hubiera dejado de existir por un tiempo, como el entrañable personaje de un libro favorito que había dejado de leer por el momento. Por algún motivo, empezó a sentir lo mismo sobre su propia persona cada vez que regresaba al motel de sus padres, y después de la Navidad del segundo año dejó de hacerlo. Les dijo a sus padres que no podía pagar el viaje; le creyeron y no le ofrecieron ayuda. Su madre se mantenía en contacto con una carta por mes, en la que daba una exhaustiva descripción del tiempo y del estado de salud de su padre, y le aconsejaba a Lowell que usara corbata cuando le pareciera adecuado. A Lowell le agradaban sus padres y le alegraba tener noticias de ellos. Siempre les respondía cuanto antes.

Dos días después de la graduación, Lowell y su esposa se casaron con pompa y sin sectarismo entre los esplendores eróticos y el pan de oro de la Memorial Chapel. Esa capilla parecía una cruz entre prostíbulo bizantino y recinto victoriano, y Lowell se sentía desorientado cuando intentaba comprender la visión celestial que la había inspirado. Siempre se había preguntado qué se sentiría al casarse allí, y cuando su futura esposa lo sugirió, le pareció una buena oportunidad para averiguarlo.

—No sé si me gusta esto —dijo torvamente su futura suegra cuando la llevó de gira por la capilla en la víspera de la ceremonia. En pocas horas había logrado convencerlo de que quizá realmente existiera una muchacha de Flatbush que se llamaba Betty. Betty de Flatbush era la hija de esta mujer, pero no era nadie que Lowell hubiera conocido. Aún se estaba acostumbrando a ser licenciado en artes, y pronto sería el esposo de la

muchacha que amaba, y desde luego estaba un poco confundido, pero cuando pensaba que se transformaría en el yerno de esa mujer desagradable, se le ponía la mente en blanco. Era una experiencia desconocida, y no atinaba a imaginarla—. No sé si me gusta esto —repetía ella, clavando la vista en una lejanía desierta. Practicaba esa costumbre cuando hablaba con Lowell o su marido, y en poco tiempo había logrado enloquecer a Lowell. Lo hacía sentir ridículo y lo dejaba sin respuesta, y siempre surtía efecto. Siguieron por el pasillo hacia el altar, rodeados de grandes columnas relucientes y amarillas—. No sé. ¿Qué opinas, Leo? Por mi parte, te digo que realmente no sé.

—Es difícil decirlo —dijo Leo, el futuro suegro de Lowell. Era un hombrecito calvo que parecía un pollo, y Lowell no sabía cómo encararlo. En el aeropuerto le había estrechado la mano y había dicho furtivamente: «Hola, soy Leo. Supongo que seré tu suegro. Vaya viaje en avión que tuvimos. A los saltos todo el camino. Ja, algunos pasajeros estaban realmente preocupados. Puedes llamarme Leo».

Durante el día siguió recordándole a Lowell que lo llamara Leo, como un niño tratando de que lo interpelaran por un apodo que acababa de inventar.

—No sé si te lo dije, pero puedes llamarme Leo aunque sea tu futuro suegro —decía inesperadamente—. También puedes llamarme Leo cuando sea tu suegro. En fin, puedes llamarme Leo cuando quieras. Todos me llaman así, no seas tímido. No recuerdo si te lo dije antes.

—De acuerdo, Leo —respondía Lowell—. Por supuesto.

Y seguían caminando, mientras la futura suegra de Lowell (que no aclaró cómo quería que la llamaran) andaba al son de su propia voz, como si fuera un tambor que parloteara en vez de redoblar. Decía toda clase de disparates agresivos, pero Lowell, aunque no le tenía simpatía, no se sentía extraño con ella; estaba acostumbrado a las mujeres que actuaban así, sobre todo en televisión. Era Leo quien lo hacía sentir extraño. Leo era un acertijo; Lowell nunca había conocido a nadie como él, o al menos no lo recordaba. La mayoría de los hombres que Lowell conocía procuraban ser recios y rudos o recios y simpáticos, e incluso los hombrecitos débiles con que se había cruzado habían adorado a un Henry Fonda del espíritu y se

enorgullecían de sus sueños. Leo, en cambio, parecía empeñado en proyectar una imagen de sí mismo tan pusilánime como fuera humanamente posible. Nunca perdía oportunidad de amedrentarse, y a veces ni siquiera esperaba la oportunidad. Era sorprendente sin ser agradable ni interesante, y al cabo te dejaba hecho una pila de nervios y reaccionabas con brusquedad, lo cual ofrecía a Leo nuevas y maravillosas oportunidades de amedrentarse. Lowell comprendió que sería fácil atascarse en un ciclo con él, un ciclo que duraría años y años. En ese momento decidió que no quería hacer eso. Leo ni siquiera intentaba intimidar, asustar ni azuzar a gente más joven, más pobre, más inculta o más cortés que él, todos esos potenciales aduladores del ego de un mediocre. No se creía más listo, más limpio ni mejor educado que nadie, y los negros lo aterraban. Al parecer era manso y medroso hasta la médula, la clase de hombre que se empecinaba en esquivar todo tipo de conflicto, la clase de hombre que iba por la vida agachando la cabeza. Lowell tuvo la perturbadora impresión de que si alguien le dijera que era hora de ir a la cámara de gas, él saltaría al camión, pidiendo que lo llamaran Leo.

—No estoy segura —dijo la futura suegra de Lowell, plantándose frente al altar y quedándose allí como a la espera de que el Cristo crucificado desenfundara su pistola—. Creo que no me gusta, pero aún lo estoy pensando. Dime lo que piensas, escucho sugerencias.

—No tenemos por qué hacerlo en la iglesia —dijo Lowell—. Podemos hacerlo en cualquier parte. Podríamos hacerlo en la iglesia de ustedes... es decir...

—Cuando quiera tu opinión, te la pediré —rezongó ella, sin apartar la vista del altar—. No te metas en esto. Yo no hablaba de eso, así que cierra el pico. —Luego rompió a llorar.

—Perdóname —dijo Leo—. Mi esposa está llorando.

Lowell no entendía qué sucedía, pero su futura suegra lloraba a voz en cuello, y él miró la iglesia con impotencia, con la esperanza de que nadie lo viera, pero también con la esperanza de que alguien fuera a socorrerlo.

—No te preocupes —le dijo Leo a su esposa, consolándola con gestos torpes y vacilantes, palmeándola como un chico de ciudad que trata de trabar amistad con una vaca—. Mira, si no funciona, pueden divorciarse en

un par de años, no tiene por qué ser para siempre. Quién sabe, quizá funcione. Personalmente, creo que funcionará.

La futura suegra de Lowell soltó un graznido estrangulado y se quitó a su esposo de encima.

—Está bien —dijo—, está bien. A fin de cuentas, ¿quién soy yo para opinar, verdad? Solo una madre. ¿Quién escucha a una madre? Pero recuerda, mi sangre caerá en tus manos.

Lowell no pudo distinguir si esta increíble amenaza iba dirigida a él, a Leo, a Cristo o a una combinación de los tres, pero evidentemente significaba que estaban en libertad de irse. Moviéndose como si llevara una bandeja sobre la cabeza, su futura suegra dio media vuelta y se alejó por el pasillo sin mirar atrás.

—No sé si te conté —comentó Leo mientras la seguían hacia la puerta de la iglesia—, pero soy cortador.

Lowell se preguntó si era un oficio o una patología. Ya nada podía sorprenderlo, ni siquiera si Leo se arrancara la camisa en medio de la plaza para mostrarle su colección de heridas infligidas por él mismo. Quizá tuviera algo que ver con el crimen organizado, como un matón o un asesino a sueldo. Para él un cortador o cortadora era una máquina y ahora no estaba en condiciones de pensar lúcidamente. Fuera lo que fuese, si tenía algo que ver con Leo o con su esposa, Lowell no quería saber nada sobre ello. No quería volver a verlos. Solo quería casarse con la hija. Esta gente estrambótica parecía vivir en un mundo totalmente distinto de todo lo que él había conocido, un extraño universo paralelo que se había superpuesto con el nuestro. Una vez, cuando Lowell era un niño, se le ocurrió que si contenía el aliento y entornaba los ojos de cierto modo, el cielo se pondría rojo y todo el mundo tendría seis piernas, entre otras cosas. Leo y su esposa le daban la sensación de que al fin había logrado hacer ese truco, pero con consecuencias mucho peores.

—No lo habías mencionado —dijo, cuando fue evidente que Leo seguiría mirándolo inquisitivamente hasta que hiciera algún comentario, aunque demorara horas.

—No es nada del otro mundo —dijo Leo al instante—. Es un modo de ganarse el sustento. No estoy orgulloso de ello.

—Es una pena —dijo Lowell, desviando los ojos.

Cruzaron la plaza en un resplandor de luz solar, precedidos por la futura suegra de Lowell, que clavaba los ojos delante. A sus espaldas se elevaba el inmenso y espantoso mosaico religioso del frente de la capilla, y los apóstoles los miraban como una docena de maricas eduardianos con trajes bíblicos de mujer. Lowell siempre había pensado que era un mosaico gracioso, pero ahora lo odiaba. Odiaba todo lo que estaba a la vista, las palmeras, la gravilla, todo. Empezaba a entender por qué algunos optaban por vivir en pecado. Era para no tener que casarse e invitar a los padres a la boda. Incluso empezó a hacerse preguntas sobre sus propios padres. ¿Qué sabía sobre ellos? La última vez que los había visto ni siquiera tenía edad para beber. Quizá sus padres tuvieran una vida sobre la que él no sabía nada, aficiones extrañas que se manifestarían de pronto ahora que su hijo estaba por casarse. Tuvo una rápida y nítida visión de su padre sacando un fajo de fotografías pornográficas y repartiéndolas entre los presentes durante la ceremonia. Se preguntó por qué no le parecía tan improbable como le habría parecido un par de días atrás.

—Ahora muchos puertorriqueños se dedican a eso —dijo Leo—. He pensado en abandonar. Es lo único que sé hacer. Supongo que si abandonara, me quedaría sentado en casa mirando televisión. ¿Qué te parece? ¿Debería abandonar o no? Es difícil saber qué hacer. Con todos esos puertorriqueños y demás. Pienso mucho en ello. El otro día oí en la radio que Mickey Mantle se quebró la pierna. Quién sabe si es verdad. Hoy por hoy no sabes qué creer. Si Mickey Mantle se quebrara la pierna, no te enterarías. Lo ocultarían. ¿Qué te parece?

Lowell no quería abrir la boca por miedo a gritar en la cara del hombrecito. Ni siquiera estaba seguro de estar oyendo lo que oía. Nunca había oído nada semejante, salvo la vez que deliraba porque estaba enfermo de neumonía y todos parecían estar hablando sobre pescado.

—Fuguémonos —le dijo esa noche a su futura esposa, cuando estaban a orillas del lago en su Ford azul. Estaban sentados en el asiento trasero, desnudos—. Vayamos a Nevada, vivamos en el desierto. —Solo bromeaba, aunque no del todo. Realmente quería escapar a Nevada y probar su temple en medio de esa desolación y ese silencio vasto y viril.

—Eres un bobo —dijo la suave y tibia muchacha que tenía en brazos—. Un bobo sabroso, por eso te amo. De todos modos, mis padres se irán pronto, y todo habrá terminado. Si crees que lo estás pasando mal, recuerda que yo tuve que aguantarlos durante años. Por Dios, años y años. No seamos padres. Tengamos hijos pero no seamos padres. ¿Qué te parece?

—Estupendo —dijo Lowell, notando con zozobra que ella había dicho la última frase con la inflexión del padre y la había terminado con la frase del padre. Nunca había reparado en ese detalle de su voz. Comenzó a prestar atención, y sus temores se confirmaron. En efecto, iba y venía, como el tufo de llantas quemadas en un jardín. Prestó tanta atención y lo oyó tanto que sufrió impotencia y no pudo pensar en otra cosa. Abrazaba a Betty de Flatbush y sentía miedo.

—No te preocupes —dijo ella animadamente mientras se vestían. Esto siempre les resultaba engorroso, debido a la protuberancia que dividía el piso del automóvil—. Tenemos mucho tiempo. Pronto estaremos casados y tendremos una cama.

—¿Por qué estás mascando chicle? —preguntó Lowell—. Nunca mascabas chicle.

—¿De qué hablas? Siempre he mascado chicle. He mascado chicle desde que era niña. ¿Qué pregunta es esa? Vaya, esta boda te está sacando de quicio. Sujeta esto, por favor. —Le dio la espalda, y él le enganchó el corpiño. Por mucho que lo intentara, no recordaba haberla visto mascar chicle. Sin duda lo habría olido cuando la besaba.

—¿Siempre lo hacías reventar así? —preguntó.

—¿Reventar qué? No sé de qué hablas. Te olvidaste de besarme la espalda. —Él siempre le daba un beso suave entre los omóplatos después de enganchar o desenganchar el corpiño. Era muy importante para ambos, y Lowell se había olvidado por completo. Le dio un beso desganado, pero ya lo había echado a perder.

—Me refiero al chicle —dijo—. Te preguntaba si siempre lo hacías reventar así. No tiene importancia. Olvidémonos del asunto.

—Claro que lo olvidaré, primor —dijo ella, poniéndose rápidamente la blusa y sujetándose la falda—. Regresaré al dormitorio estudiantil. Será

mejor que aproveches la vuelta para calmarte. Puedes llamarme por la mañana.

Cerró la puerta bruscamente y echó a andar por el estacionamiento. Lowell la habría seguido, pero aún no se había puesto los pantalones. Sabía que no podía seguirla en paños menores. La gente de los otros coches lo vería y daría bocinazos. Se imaginó tratando de regresar al coche agazapado, cubriéndose la entrepierna con los faldones de la camisa. Luego se imaginó alcanzándola por milagro y discutiendo con ella en calzoncillos. Era imposible; así no podía discutir con nadie. Junto con el pijama, los calzoncillos eran la prenda más estúpida jamás concebida por la mente humana.

Era demasiado tarde para seguirla cuando se puso los pantalones. En cambio, regresó a su dormitorio, robó la tienda de campaña de su compañero de cuarto y se fugó a Nevada.

Cuando llegó a Sacramento, se sintió como un idiota. Cuando llegó a la Sierra Nevada, sintió pánico. El último impulso de su inercia se agotó en Truckee. Entró en una estación de servicio, llenó el tanque y emprendió el regreso hacia la universidad. No funcionaría. La vida de Thoreau, probando su temple contra un clima inhóspito y vigoroso, sobreviviendo con los recursos del yermo suelo del desierto, no era para él. No podía hacerlo, así como una vaca no podía volar, y no había nada que hacerle. En la única visión plausible que le presentaba el ojo de su mente, no luchaba como un titán contra los elementos y lanzaba su desafío rugiente como Lear; estaba sentado en medio de una llanura alcalina esperando que se le agotara el efectivo o que su tienda echara a volar, lo que ocurriese primero. La sola idea era manifiestamente absurda. No tenía pasta para ese tipo de vida. Ni siquiera conocía los rudimentos, y tenía la sensatez suficiente para comprender que el desierto de Nevada no era el lugar para averiguarlo. En realidad no quería irse a Nevada. Quería casarse con su chica y quedarse en la ciudad. Aún no sabía qué clase de vida quería llevar, pero algo era seguro: ponerse en ridículo en una llanura alcalina no formaba parte de ello. Sus prioridades inmediatas estaban claras: primero, graduarse y obtener su diploma; segundo, casarse. Estos eran deseos concretos, casi hechos consumados, casi al alcance de su mano. Nevada era una fantasía, y la fuga

era impensable. En cuanto a la paz, la soledad y la vida contemplativa, ya le buscaría la vuelta una vez que estuviera diplomado y casado. No tenía que volver a ver a sus suegros, y una vez que se largaran sería como si los hubiera inventado para tener una anécdota graciosa para contar en las fiestas. De todos modos, si alguien hubiera ido a buscarlo a Nevada, era probable que lo encontraran en un santiamén, y habrían hecho muchas preguntas embarazosas.

Agotado, pero con sus objetivos claros, volvió a trepar por Donner Pass en la aurora gris y se cruzó con camiones que bajaban a peligrosa velocidad con los faros encendidos y cargas oscilantes. Abajo, sobre las rocas, yacían los cadáveres de otros camiones que no habían sobrevivido al descenso, con las cabinas aplastadas, las llantas quemadas, los acoplados sepultados bajo pilas de granito triturado. Que se pudran, pensó Lowell. Que aprendan la lección. Emprendía el regreso, y podía dar cátedra de sabiduría.

En la cima el coche que iba detrás empezó a dar bocinazos. Un poco aturdido por la falta de sueño y el exceso de cavilación, Lowell miró por el espejo retrovisor y parsimoniosamente viró al costado para ceder el paso. Luego, en una rápida maniobra, miró de nuevo por el espejo, pisó el acelerador y volvió al carril con unas pulgadas de margen mientras el coche que iba detrás frenaba dando bocinazos. Era el coche de su padre. Lo había reconocido de golpe, y no tenía la menor duda: el sedán Kaiser verde 1954, la pintura opaca, el faro delantero izquierdo sin el aro de cromo, las placas de Idaho, los números del condado de Ada. Y detrás del pintoresco parabrisas del Kaiser, la cara borrosa y perpleja de sus padres. Lowell aceleró.

Habían pasado la cima. Ahora todo era cuesta abajo, y el Ford tendría que dejar atrás el Kaiser en poco tiempo. Cualquiera podía dejar atrás a su padre, sin importar el vehículo que condujera. Cuando Lowell era pequeño, en el asiento delantero del coche anterior al Kaiser (un Frazer gris con una trompa enorme y chata y un medallón con forma de búfalo), miraba consternado los coches y camionetas que los pasaban a meteórica velocidad, incluso Hudsons de la preguerra conducidos por viejos encogidos.

—Más rápido, papá, más rápido —urgía Lowell cuando un autobús se les aproximaba y se adelantaba lentamente, mientras el chofer los fulminaba con la mirada.

—Conviene ser prudente —respondía su padre—. Hay muchos conductores de Canyon County en la carretera. —Lowell nunca entendió qué tenía que ver Canyon County. Lo importante era que todos los pasaban. Bastaba con que cualquier vehículo apareciera detrás de ellos, incluso una aplanadora, para que su padre aminorase la marcha y lo dejara pasar, estudiando cautamente la placa en busca de las temibles insignias de Canyon County.

Lowell llegó a noventa en la rampa curva, pero su padre se le pegaba como si los paragolpes estuvieran magnetizados. Era aterrador y no podía terminar bien, ocurriera lo que ocurriese. Su padre volvió a tocar bocina, dos pitidos cortos y un bramido largo e insistente, y su madre agitó un pañuelo detrás del parabrisas. Lowell irguió los hombros y se agazapó en el asiento hasta que tuvo los ojos al nivel del tope del tablero, pero así no veía muy bien la carretera y volvió a erguirse. Entonces su padre hizo un esfuerzo desesperado para ponerse a la par. Lowell frustró esta maniobra virando hacia el medio de la carretera justo cuando un camión de ganado ancho como una casa doblaba en una curva a pocos metros. Lowell volvió a su carril justo a tiempo, y casi chocó con su padre, que intentaba temerariamente alcanzarlo por la derecha. Cuando Lowell pudo mirar de nuevo por el espejo retrovisor, su padre parecía hablarle por el parabrisas y su madre se había tapado los ojos con el pañuelo. Lowell tomó la curva siguiente a más de cien. No le sirvió de nada; su padre no cejaba. Lowell se resignó a la derrota.

Demasiado tarde, se le ocurrieron un montón de explicaciones sobre su presencia en la cima de Donner Pass. Por ejemplo, podía haber fingido que había ido a recibirlos: iba en dirección contraria porque se había cansado de esperar; poco convincente, pero lo habría sacado del apuro. O podría haber dicho que visitaba a un amigo. Ese gambito era infalible; sus padres siempre habían temido que no tuviera suficientes niños con quienes jugar, y si alguien lo había visto en lugares extraños (como la planta de aguas residuales, o el autocine), él alegaba que iba o venía de la casa de un amigo.

Sus padres quedaban tan complacidos ante la mención de ese destino ficticio que pasaban por alto los lugares prohibidos que hubiera atravesado en el trayecto, y nunca se enteraban de la verdad. (Pensándolo bien, ¿por qué sus padres temían que no tuviera amigos? ¿Creían que era raro? ¿Había en él alguna rareza que sus padres nunca le habían mencionado? ¿Alguien más lo había notado? Esto daba pie para muchas reflexiones, todas infructuosas, pero ahora no era el momento; el padre de Lowell, implacable, intentó adelantarse en un pasaje para camiones que había aparecido de golpe y Lowell tuvo que zigzaguear por la carretera para mantenerlo en su lugar, aunque no sabía qué haría después con él).

Eran muchas las buenas excusas que podía haber inventado. Más aún, habría podido salir del atolladero sin ninguna excusa —sus discretos padres no eran entrometidos— pero ahora debía atenerse a su decisión y no había modo de parar, así como Hitler no habría podido parar la guerra. Lo habían sorprendido en el flagrante delito de escapar de su boda (en realidad, cuando regresaba tras escapar de su boda), y le pisaban los talones dando bocinazos perentorios. Ya no trataban de llamarle la atención, sino que le advertían que no se saldría con la suya. Lowell suponía que siempre era posible que su padre se quedara sin gasolina o tuviera que ir al baño. Entonces Lowell podría regresar a toda prisa al dormitorio y fingir que había sido un miembro de su club, un tipo con gran sentido del humor y un corte de pelo similar. Sin embargo, en el fondo Lowell sabía que nada podía salvarlo; su padre, un hombre metódico, habría llenado el tanque y vaciado la vejiga antes de partir esa mañana, y no colaboraría en ese aspecto.

Llegaron a Auburn, y comenzó la autopista. Jugando su último naípe, Lowell bajó la velocidad con la esperanza de que intentaran adelantarse. Si lo pasaban, él podría escabullirse en la siguiente salida. Pero su padre se negó a tragar el anzuelo. Lowell bajó la velocidad, su padre bajó la velocidad. Lowell cambió de carril y anduvo aún más despacio, su padre lo imitó. Los miró por el espejo retrovisor, pero no vio nada que resultara promisorio; su padre había dejado de hablar y su madre fumaba un cigarrillo, pero ninguno de los dos tenía buena cara. Costaba decir qué cara tenían. Lowell los miró largo rato, buscando una señal, un indicio del tipo de explicación que lo sacaría del brete, algo que no los enojara ni los

angustiara a su manera discreta, pero las perspectivas no eran alentadoras. Al rato, un gran Lincoln azul pasó rugiendo al cuádruple de velocidad, y el conductor agitó el puño airadamente, recordándole a Lowell que estaba en el carril rápido y apenas se movía. Así podía matarse, y aunque Lowell quería parar el asunto, no lo intentaba tanto; al instante recobró la velocidad normal para una autopista. Su padre también aceleró, conservando un intervalo tan preciso que parecía que Lowell estuviera conduciendo el Kaiser con un control remoto.

Pasaron Sacramento, y Lowell aún no veía una escapatoria. Salieron del valle y atravesaron los cerros redondos y pardos. Dejaron atrás Vacaville, y el tráfico se puso más pesado. Llegaron a San Rafael y pasaron frente a las granjas de las colinas que dominaban la bahía, con sus tanques de color suave, y su padre todavía lo seguía implacablemente. Así cruzaron el puente y atravesaron San Francisco, bajaron de la península en Bayshore, viraron en Palo Alto y avanzaron despacio bajo las magnolias de University Avenue, como una fila de patos, y al fin llegaron al estacionamiento de Toyon Hall. Lowell entró en su lugar habitual y paró el coche. Su padre paró detrás. Lowell se quedó sentado, esperando. Sus padres no se movieron. Su padre aún apoyaba las manos en el volante, listo para reanudar la persecución ante la menor señal. Lowell se preguntó si, en caso de que bajara para entrar en el dormitorio, sus padres lo seguirían a una distancia de dos coches, caminando detrás, parando cuando él parara. Se sentó a esperar. Ellos lo observaban por el parabrisas. Su madre encendió otro cigarrillo, agitando el fósforo como una señal diminuta antes de dejarlo en el cenicero. Lowell se bajó del coche rígidamente y caminó hacia ellos, esperando que las palabras oportunas salieran de su boca cuando la abriera.

—Hola —fue lo que dijo.

Su padre bajó la mano para apagar el motor. Su madre aplastó el cigarrillo.

—Yo... —dijo Lowell. ¿Yo qué? ¿Lo lamento? ¿Estoy sorprendido? Abrió y cerró la boca varias veces, pero no salió nada que pareciera una frase.

—Sin duda tendrás una buena explicación para esto —dijo su padre—. Recién le decía a tu madre que sin duda tendrás una buena explicación.

Esperaron la explicación, pero la mente de Lowell había sido improductiva durante trescientos kilómetros, y ahora no se le ocurría nada. Quería ganar tiempo llevándolos a un sitio adecuado para charlar, pero en un campus que parecía expresamente diseñado para que no hubiera ningún lugar para acostarse con una chica salvo el estacionamiento, tampoco parecía haber un lugar donde pudieras tener una discusión con tus padres salvo un estacionamiento. Se preguntó qué sucedería si se desmayaba. Ya conocía la respuesta: esperarían pacientemente hasta que recobrara el conocimiento.

—Tu madre tenía dudas —dijo su padre.

A juzgar por su aspecto, su madre aún tenía dudas. Lowell se pasó la mano por los ojos, y las cosas se oscurecieron un instante. Cuando miró a sus padres, todavía seguían allí, esperando una respuesta.

—Me estaba escapando —dijo.

—Eso pensé —dijo su padre.

—Ibas en dirección contraria —observó su madre.

—Cambié de parecer —dijo Lowell.

—Eso le dije a tu madre —dijo su padre, cabeceando con satisfacción

—. El muchacho se acobardó, le dije. Me hace acordar al tío, le dije.

—Pero cambié de parecer —insistió Lowell.

—Tal como le dije a tu madre. Entra en el coche e iremos a hablar de ello mientras desayunamos. Fue una persecución emocionante.

—¿No estás... enojado... ni nada por el estilo? —preguntó Lowell con un hilo de voz.

—Confieso que me irritó un poco al principio. Tu madre y yo decidiremos cómo tomarlo una vez que nos cuentes los detalles. Quizá quieras dormir un poco primero. De lo contrario, podemos ir a comer. Tu madre tiene hambre.

Lowell subió obedientemente al asiento trasero del Kaiser y se desplomó contra el respaldo. Era como si los músculos se le hubieran encogido, aunque los huesos conservaban el mismo tamaño, y le costaba impedir que su cuerpo se ovillara en posición fetal. Al mismo tiempo, rebosaba de un extraño y frenético amor por sus padres, un sentimiento embarazoso e inexpresable que nunca había experimentado, quizá

provocado por su nerviosismo. Su padre estaba aquí, y todo se encaminaría. Su padre impondría orden. Su madre también estaba aquí.

Abandonaron el estacionamiento y con titubeos lograron salir del campus. En los diez minutos siguientes los pasaron todos los coches de la calle.

—Conviene ser prudente —dijo su padre—. ¡Estos conductores de California!

—Sí, papá —dijo Lowell.

Les explicó todo, aunque sin mayor coherencia, en una panquequería de El Camino Real. Algo andaba mal con su mecanismo receptor —era la falta de sueño, sumada a la reacción de pánico y el viaje a toda velocidad— y aunque sabía que su padre lo había perdonado y su madre estaba trabajando en ello, no entendía cómo había logrado este desenlace favorable. Las palabras y frases le llegaban de a rachas estridentes, a veces descabelladas, y luego se extinguían junto con la luz del local, como si alguien le encendiera y le apagara los ojos y los oídos con un regulador. Cuando quiso darse cuenta, estaba de vuelta en su cuarto, profundamente dormido.

—Tanto gusto —le dijo Leo al señor Lake esa tarde cuando se conocieron, escrutándole la cara como si buscara síntomas fatales—. Llámame Leo —añadió—. Soy cortador. No es nada del otro mundo, pero no sé hacer otra cosa y soy demasiado viejo para aprender otro oficio.

—Qué interesante —dijo el padre de Lowell—. ¿Qué cortas?

—Como madre —dijo la esposa de Leo, que aún no había aclarado a nadie cómo llamarla—, ¿qué opinas de todo este asunto? Por mi parte, me lavo las manos, pero esa es solo mi opinión.

La madre de Lowell la miró con expectación, como esperando que redondeara la broma o la anécdota, pero no pasó nada, así que pestañeó afablemente.

—Me temo que no he pensado mucho en ello —dijo—. Encantada de conocerte.

—Pronto te darás cuenta —dijo la esposa de Leo—. Recuerda mis palabras.

La madre de Lowell sonrió lánguidamente y retrocedió un poco, emitiendo un mugido cordial.

—Dubinsky los dejó entrar —decía Leo—. No fueron los patrones, como creen algunos; fue Dubinsky. Un día la guerra terminó, y de golpe estaban por doquier.

—Que me cuelguen —dijo el señor Lake.

—Si esto se prolonga demasiado, tendré que tomar pastillas —susurró Lowell.

—Esto recién empieza —dijo su chica, mordiéndose las cutículas—. Si crees que esto es malo, tendrías que haber vivido con ellos.

Todos fueron a cenar a un restaurante, donde tuvieron que ingerir una generosa porción de las teorías de su futura suegra sobre la selección y preparación de alimentos. Algunos de ellos ni siquiera figuraban como comestibles en ninguna lista que Lowell conociera.

—¿Cómo puedes comer esa inmundicia? —preguntó ella, señalando el bife Salisbury del señor Lake.

El padre de Lowell cortó un trozo y se lo puso metódicamente en la boca.

—No está tan mal —comentó después de mastcarlo puntillosamente y tragarlo—. Solo hay que tomarle la mano.

—Uno debe andarse con cuidado —dijo Leo, con un cabeceo amable para todo el mundo—. Sí, señor, uno debe andarse con cuidado, es lo que yo digo.

—Lowell —dijo su padre más tarde, cuando se despedían frente al motel—, en cuanto a tu pequeña fuga de esta mañana...

—¿Sí, papá?

—¿Cómo diablos se te ocurrió regresar?

Lowell trató de reírse.

—Ja —dijo.

—Lowell —dijo su madre—, ¿hay algo que quieras contarnos?

—Si tienes algún problema —intervino su padre—, te respaldaremos en todo. No creas que debes hacer algo contra tu voluntad.

—Queremos ayudar —dijo su madre—. Para eso está la familia, para ayudar.

—Tan solo avísanos —dijo su padre.

Lowell comenzó a sentirse como si lo interrogara la policía francesa. Quería dormir. Quería que cesaran las voces. Tenía la sensación de que le envolvían la cabeza y el cuerpo con algodón tibio y húmedo, un puñado por vez, y las palabras perdían impacto, como golpes que había dejado de sentir.

—No hay ningún problema —dijo—. Todo está bien.

—Tu padre y yo tratamos de decirte...

—Entiendo —replicó Lowell con impaciencia—. Todo está bien. No hay ningún problema. Es decir, no hay ningún problema que no tenga pronta solución. Es decir...

—Hablaremos de ello más tarde —dijo su padre, insinuando que nunca volverían a hablar de ello a menos que Lowell lo mencionara—. Creo que es hora de que todos vayamos a descansar.

—Nunca hubo un judío en mi familia —oyó Lowell que decía su madre mientras se alejaba con su padre hacia la habitación—. ¿Hubo alguno en la tuya?

—Nunca se sabe —dijo su padre, rodeándole la cintura con el brazo.

Lowell y su novia fueron casados por un clérigo unitariano que parpadeaba mucho y aseguraba que había conocido a Woody Guthrie. Su presunto conocimiento de Woody Guthrie disminuía considerablemente cada vez que Lowell le hacía preguntas sobre el tema, hasta que al fin se puso evasivo, mirando aprensivamente a Lowell como si temiera que otra pregunta sobre Woody Guthrie saltara de su boca. El clérigo se llamaba Hogarth. Era esa época del año en que se celebraban muchas bodas en Stanford, y cuando los demás clérigos querían que alguien abreviara la ceremonia, infaliblemente acudían a Hogarth. Era un hombre de poco carácter y mucha labia, y parecía sospechar que Dios no prestaba mayor atención a lo que hacían los unitarianos.

—Espero que todos sean puntuales —le dijo a Lowell, parpadeando, mientras esperaban en el atrio a que terminaran los bautistas—. Hay una ceremonia presbiteriana después de nosotros, y estamos un poco justos con el tiempo. —Puso una sonrisa fatua y saludó a alguien por encima del hombro de Lowell. Lowell giró y vio a un hombre que se ponía las vestiduras en un cuarto lateral. El hombre los miró con mal ceño y cerró la puerta—. Ese era el clérigo presbiteriano —dijo Hogarth.

—Ojalá el papa pudiera ver esto —susurró el padrino de bodas de Lowell, el compañero de cuarto a quien le había robado la tienda de campaña—. Se moriría de risa. —El compañero de Lowell era un católico tolerante que se persignaba a la mesa antes de comer, empinaba prodigiosas cantidades de vino en las fiestas del club sin atentar contra su aptitud para conducir, nunca obtenía una nota muy alta, y planeaba ser elegido alcalde de San Francisco antes de los cuarenta. Era rechoncho como un barril y fuerte como un toro, y amaba profundamente a sus padres, inmigrantes italianos que poseían una pequeña panadería en North Beach, que a su vez lo amaban con una devoción exagerada, embarazosa para los testigos, y muy conmovedora, como si una vieja película sentimental hubiera cobrado vida.

En cuanto Lowell ocupó su sitio frente al altar, un terror nebuloso le enturbió la mente y pocas cosas llegaron a penetrar ese velo como para ser recordadas después con claridad. Un minuto antes no estaba asustado —solo agobiado y aprensivo, pues temía hablar con voz quebrada o pedorrear ruidosamente— pero ahora estaba asustado y siguió asustado. Estaba cambiando su estatus en la comunidad humana. Estaba en el embudo de una gran máquina y no podía lograr que la apagaran, así como un homicida reo y confeso no podía alterar el desenlace del juicio. Era una repetición de Donner Pass, pero para siempre. La ley lo tenía en sus garras y no había escapatoria, o al menos no había ninguna escapatoria fácil ni elegante: ahora era asunto de jueces y tribunales, su esposa dando testimonio sobre la longitud de su miembro y las frases guarras que le susurraba al oído cuando se embriagaba con Miller High Life, la reprimenda del juez, el pago de alimentos; podía verlo todo. La única otra salida era el homicidio o la huida sigilosa a otra ciudad, el cambio de nombre, la pérdida de todos los amigos, la negación de sus logros, una especie de suicidio (también estaba la otra especie). Estaba en apuros. Habían terminado los días en que podía no pasar por el dormitorio de ella. Ahora tendría que ser adulto, y no había manera de detenerlo.

Mientras estas divagaciones le tintineaban en la cabeza como una alarma antirrobo en una tienda abandonada, se volvió para contemplar a la novia que avanzaba por el largo pasillo de la iglesia enorme y casi vacía,

pisando los pétalos marchitos que habían quedado de una ceremonia anterior y que nadie había barrido. Usaba un vestido blanco que él nunca había visto. Con ella (y al parecer apoyándose en su brazo) iba Leo con un frac y una corbata descomunal que era más grande que su cara, rezumando un olor a naftalina y baúles viejos que siguió impregnando el aire por un buen rato. Cuando la novia se reunió con el novio frente al altar, la mente de Lowell se negó a tomar fotografías para el álbum de su memoria hasta la espantosa pausa que siguió cuando Hogarth, parpadeando como loco, pidió comentarios a los presentes. Lowell estaba seguro de que su suegra cometería un acto escandaloso que lo perseguiría hasta el final de su vida. Como ella no hizo nada, sintió que se desmoronaba por dentro, como si le hubieran dicho que habían decidido no fusilarlo y podía quitarse la venda de los ojos.

—Estuve a punto de ponerme en ridículo durante esa pausa —le dijo Leo más tarde—. Habría sido lamentable, pero logré contenerme. Por si olvidé mencionarlo, puedes llamarme papi si quieres. Así me llama Betty, papi. Por mi parte, prefiero que me llames Leo, pero trato de explicarte que puedes escoger. Llámame como quieras.

—Gracias —dijo Lowell con aturdimiento, mirando la irreconocible cara abotagada y empapada de lágrimas pegajosas que se había elevado sobre el hombro de su suegro como una luna enferma.

—Esto no es lo que yo quería —le oyó decir—. De ninguna manera es lo que yo quería.

Recibieron a los invitados en el club de Lowell. Todos los miembros se dedicaron de inmediato a emborracharse, sobre todo los más jóvenes y un estudiante mayor de Los Ángeles que a Lowell nunca le había caído bien. Los padres de Lowell le dijeron algo a su manera afectuosa y agradable, no recordaba qué. En algún momento (no recordaba cuándo) le llegó la información de que el vestido blanco que usaba la novia había pertenecido originalmente a la madre, y este pequeño dato asomó una y otra vez en sus pensamientos el resto del día, como la reina de picas en una escalera de corazones, pero tuvo la sensatez de no hablar de ello. Con el correr de los años lo recordaría en ocasiones.

Pasaron la noche de bodas en un motel de Lombard Street, en San Francisco, donde los conocían bien. Era barato y limpio y no daba la sensación de que las habitaciones estaban plagadas de cámaras y micrófonos, como el Holiday Inn. Lowell tuvo la presencia de ánimo de parar primero en un lavadero de autos en San Mateo, para eliminar los mensajes picarescos, obscenos e informativos del capó, el baúl y las puertas del coche, y el conserje del hotel no se enteró de que eran recién casados.

Con la graduación y el casamiento, Lowell dejaba atrás las dos montañas que se habían interpuesto en su camino durante años, impidiéndole llevar una vida. Ahora las había franqueado, y podía seguir adelante. Tras el cruce de la segunda montaña, las cosas anduvieron cuesta abajo por un tiempo, luego ascendieron un trecho y llegaron a una meseta, y habían quedado así.

2

LOWELL Y SU ESPOSA TENÍAN MUY POCOS AMIGOS y no recibían a nadie en el departamento, salvo a la mujer de la limpieza, que en ocasiones terminaba el día ovillada en el sillón Eames de Lowell, profundamente dormida, con el televisor a todo volumen y una botella de ginebra de Lowell en el piso. Mantenía el departamento inmaculadamente limpio, era absolutamente confiable y no pedía un gran sueldo; en vista de estas virtudes, ni Lowell ni su esposa consideraban que su amor por la bebida fuera un defecto importante. Una Navidad intentaron regalarle una botella de Hankey Bannister en caja de lujo, y se ofendió tanto que estuvo a punto de renunciar y anduvo un mes con cara larga. Era difícil saber cómo tratarla. En ocasiones, con gran orgullo, les obsequiaba un adefesio que su hijo había tenido que preparar en la escuela: una impresión de la mano en yeso, pintada de dorado; un cenicero verde hecho de una sustancia pastosa e inflamable; una impresión en yeso de la otra mano, pintada de rojo. Aunque Lowell y su esposa tenían la deferencia de exhibir todos estos regalos, a menudo regresaban de noche y descubrían que la mujer de la limpieza los había sacado de su sitio para tirarlos a la basura. De todos modos, no se embriagaba con frecuencia.

El mejor amigo de Lowell era Harry Balmer, que lucía un mostacho épico y era director de arte de una revista para fumadores que se publicaba en el mismo edificio donde Lowell trabajaba en la revista de plomería. A pesar del ostentoso bigote, era un sujeto nervioso, compulsivo y aprensivo. Tenía su mejor aspecto cuando estaba en la otra punta de una habitación grande; cuanto más te acercabas, más parecía desintegrarse en una masa de tics y uñas carcomidas y más claro resultaba que su enorme y elegante

bigote era una especie de arbusto que usaba para ocultarse. En ocasiones él y Lowell iban a McSorley's después del trabajo y se embriagaban con cerveza. Lowell no sabía si Harry Balmer le agradaba o no. Sus sentimientos sobre él eran ambiguos y no muy fuertes en uno u otro sentido; nunca pasaba mucho tiempo con él salvo en McSorley's, y después nunca recordaba con claridad de qué habían hablado.

—Lo he descubierto —le dijo a Balmer una noche mientras se sentaban con sus vasos cerca de la vieja estufa de hierro forjado.

—Buena idea —dijo Balmer. En la sala contigua unos estudiantes se dedicaban a hacer ruido y caer redondos.

—Lo supe una mañana —dijo Lowell—. No tengo una vida plena. De pronto tuve esa revelación.

—La soltería —dijo Balmer—. La única respuesta. ¿Quién necesita una esposa? Confía en mi palabra. Estoy convencido de ello.

Lowell sacudió la cabeza, tratando de despejarse. Estaba seguro de que ya habían entablado la mitad de la charla que correspondía a Balmer, quizá varias veces, y tenía la extraña sensación de que no lograba hacerse entender. Era como tratar de conversar con un grabador.

—Cásate tarde, vive mucho, conoce la vida —dijo Balmer—. Es muy ventajoso casarse tarde. Mi caso, por ejemplo. Libre como un pájaro. ¿Por qué miras el reloj? Te preocupa la hora, ¿verdad? Tienes que llegar a tiempo. Tu mujercita. Yo no tengo esa preocupación. ¿Dijiste algo?

—Dije que no estoy mirando el reloj —dijo Lowell.

—Un imbécil llenó este cenicero de cerveza —dijo Balmer, recogiendo su cigarrillo empapado a medio fumar y examinándolo mientras un nervio le hacía temblar el rabillo del ojo.

En ocasiones Lowell también salía a comer con miembros del personal, pero nunca bebía tanto como para contarles nada importante sobre sí mismo.

Lowell y su esposa lo pasaban bien viviendo juntos, y rara vez discutían. El departamento era amplio y confortable a pesar de su extraño diseño, y nunca estaban allí durante el día salvo los fines de semana, cuando se notaba que el yeso del cielo raso del *living* estaba mal remendado y que el color del baño no era verde claro. Lowell regresaba del trabajo media

hora antes que su esposa, que tomaba el autobús y quizá decidiera hacer un alto en Bloomingdale's. Una vez por semana le pagaba a la mujer de la limpieza antes de llenar el balde de hielo. Los otros cuatro días iba a la heladera en cuanto colgaba el abrigo. En verano preparaba *whisky sour* para su esposa y *gin tonic* para él. En invierno bebía *whisky* con soda y apartaba una copa de jerez para su esposa. Luego miraba televisión mientras esperaba que ella llegara a casa. Durante el primer año después de la compra del aparato, llegaba a tiempo para mirar *Gigantor*, la serie del robot de la era espacial. Cuando *Gigantor* cambió de horario, miraba *Meteoro*. Había visto dos veces todos los episodios. Cuando llegaba su esposa, Lowell apagaba el televisor y preparaban la cena mientras bebían un trago. En ocasiones Lowell traía una *pizza* o unos envases de papel con comida china, y en contadas ocasiones, y solo como manjar especial, una comida pakistaní completa de un restaurante de Broadway. Les complacía tanto preparar la cena juntos que casi nunca salían, y Lowell se inquietaba si se alteraba esta rutina. Cuando compraba comida, se arrepentía. En cuanto hacía el pedido, sabía que no le gustaría, y nunca le gustaba.

Una vez por mes, su esposa sonreía con defensiva humildad, se ponía su falda más larga y viajaba a Flatbush para visitar a la madre, como una Eurídice por entregas. Su madre aún tenía un dormitorio libre por si su hija volvía a sus cabales, y aunque no había peligro de que esto ocurriera —al menos, que ocurriera de ese modo—, a Lowell le fastidiaba que su suegra todavía abrigara esa esperanza, máxime porque sospechaba que ella lo hacía para irritarlo. A su modo de ver, la mente de su suegra era una región de sombras oscuras y malicia en ciernes, y no encontraba en ella nada loable, pero curiosamente su esposa se había amigado con la madre una vez que se mudaron a Nueva York, y ahora eran grandes compinches. Iban juntas a S. Klein's y se llamaban por teléfono y hablaban de gente con nombres de comedia musical como Marvin e Irving que vivían en lugares de comedia musical como Canarsie y Ozone Park, gente que Lowell no conocía pero que su esposa inexplicablemente parecía conocer al dedillo. Eso daba a sus conversaciones un aire peculiar y extravagante que lo perturbaba profundamente, como si su esposa tuviera una segunda identidad que era totalmente ajena a la que Lowell conocía y valoraba, una personalidad

aparte que vivía en un mundo de valores exóticos que él podía entrever pero no comprender.

—¿Por qué nunca hablas de mí con tu madre? —le preguntaba—. Soy tu marido. Soy el yerno de tu madre. ¿Cómo es posible que nunca me menciones?

—Es mala educación escuchar conversaciones ajenas —decía su esposa con aire santurrón—. De todos modos, sí que hablamos de ti, así que te equivocas. Es solo que no escuchas en los momentos oportunos.

—Siempre hablan de un montón de desconocidos.

—No es verdad. Y no son desconocidos. Hace una pila de años que conozco a Milly Norinski. ¿Qué pasa contigo? ¿No puedo hablar de mis amigos con mi madre? Más aún, ni siquiera me agrada Milly Norinski. Es una vieja que solo sabe hablar de dinero. Créeme que la odiarías. Considérate afortunado de que solo hable de ella con mi madre. ¿Acaso quieres que te aburra? En tal caso, pregúntame por Milly Norinski. No sabes cuánto te aburrirías. Yo solo la aguantaba porque la conocía desde la escuela primaria. Antes no hablaba de dinero. La gente se pone rara. Te sorprende.

Aunque con los años Lowell había oído a su esposa hablar de este modo en ocasiones, nunca se había acostumbrado. Habitualmente no hablaba así. Los extraños hablaban así, pero no su esposa. No lograba entenderlo. A veces la sorprendía maltratando al carnicero o riñendo con el verdulero, y tampoco lo entendía. Era como si otra persona viviera en una pequeña habitación de la mente de su esposa, el Hyde acechando dentro del Jekyll, surgiendo en ciertos momentos para tener la voz cantante. Eso siempre lo preocupaba. A veces temía no conocer a su esposa, o al menos no conocer una buena parte. A veces temía que la persona que conocía y amaba por la noche y los fines de semana fuera solo una astuta imitación que hablaba su dialecto, que representaba una farsa de cordura y matrimonio feliz, y que esa persona que atisbaba en ocasiones, con vozarrón de vendedor de diarios, fuera la real. Le molestaba pensar que le resultaría fácil lograrlo: estaban juntos pocas horas de su vida, sin contar las veces en que uno u otro estaba dormido. ¿Ella era otra persona el resto del tiempo, pulsando un teclado y mascando chicle y guiñándole el ojo al cadete de la oficina, con las piernas

cruzadas? Lo más perturbador era la sensación de que la personalidad que él imaginaba en ella, increíblemente cruel y perversa, era más compleja y plausible que la que realmente parecía tener casi siempre.

Lowell sabía que todo esto era paranoico y ridículo, y normalmente no volvía a pensar en ello una vez que pasaba el mal momento. Los días continuaban, un cordel atado al otro, y a Lowell ni se le pasaba por la cabeza que esas pequeñas fantasías intentaban decirle algo, y no necesariamente sobre su esposa, hasta que despertó esa horrible mañana poco después de su cumpleaños. Si se le pasaba por la cabeza, sucedía exactamente eso: entraba por un lado y salía por el otro, dejando una estela helada que pronto desaparecía.

Lowell se empeñaba en ser un buen yerno, y su suegra se empeñaba en no dirigirle la palabra. Si él atendía el teléfono cuando ella llamaba, ella le preguntaba si estaba su hija: si estaba, le pedía que la llamara, y si no estaba decía que volvería a llamar y colgaba. Lowell siempre la trataba con amabilidad.

Parte de esta amabilidad —la parte más dura e indigesta, como comer un ojo de oveja hervido con buena cara y sonrisa galante— consistía en visitar a sus suegros dos veces por año, aunque nunca cerca de la hora de la comida. Sospechaba que no lo consideraban *kosher*, y no entendía cuál era el propósito de estas tensas y áridas visitas sin comida. Al parecer, una vez cada seis meses su suegra quería mirarle las uñas y su suegro quería hablarle de los negros, y él cumplía con su deber de trajinar hasta Flatbush para que ellos pudieran hacerlo.

En el departamento de sus suegros todo parecía estar hecho de plástico o cubierto de plástico. Incluso algunos objetos de plástico estaban cubiertos de plástico, como los floreros de plástico que estaban enfundados en bolsas de polietileno con grandes cintas descoloridas. Había muy pocos muebles, y estaban alineados como en una exhibición: cada cosa parecía estar expuesta ante un observador imaginario y lejos del resto para que se viera mejor, y para conversar había que girar a menudo y alzar la voz. Estas maniobras eran engorrosas a causa de las fundas de plástico transparente. También era engorroso sentarse bien. Las fundas eran frías en invierno y pegajosas en verano, y era difícil adoptar una posición cómoda en cualquier clima, pues

uno siempre estaba a punto de resbalarse y caer al piso, aunque tuviera la espalda pegada por la transpiración. Debajo del plástico, el tapizado era pálido y desabrido, como si hubiera estado largo tiempo bajo el agua. Había muy poco color en el departamento y el piso estaba cubierto de immaculado linóleo claro. No había alfombras en ninguna parte.

—Es porque nacieron en el East Side —decía la esposa de Lowell—. Ese es el motivo. —A Lowell no podía importarle menos.

—Los negros tienen otro aspecto hoy en día —le dijo Leo. Estaba sentado en su almohadilla eléctrica Relaxacizor. Lo hacía vibrar levemente, como si tuviera parálisis, sobre todo cuando cabeceaba—. Es por esos matrimonios mixtos.

—Ajá —dijo Lowell, con los músculos tensos por el esfuerzo de mantenerse en su sitio. Se levantó y volvió a sentarse. No sirvió de nada. En la cocina la voz de su suegra zumbaba sin cesar, como una radio gangosa.

—Antes parecían monos —dijo Leo—. Creo que no habías nacido. Créeme, parecían monos con grandes dientes blancos. Ya no es así. Cómo nos reíamos entonces. Ahora los azuzan.

Hubo una larga pausa.

—¿Quién los azuza? —preguntó al fin Lowell. Si mirabas a Leo vibrando durante un rato, empezaba a ponerse borroso en los bordes, como una imagen fuera de foco.

—Los agitadores —dijo Leo—. Los agitadores los azuzan. Agitadores de afuera. Ahora se están mudando aquí.

—Los agitadores —dijo Lowell—. Entiendo. —Se preguntó cuánto tiempo un hombre podía aguantar esta conversación sin volverse loco de remate.

—No, no —dijo Leo, inclinándose en la silla—. Los agitadores los azuzan. Los que se mudan aquí son los negros. Los agitadores no se están mudando. Has entendido todo al revés.

En la cocina, su suegra calló súbitamente, como si le hubieran cortado la voz con tijeras. Leo esperaba ansiosamente a que Lowell volviera a decir algo, y hubo un peculiar momento de silencio que solo era perturbado por el ronroneo de la máquina de Leo. Por algún motivo descabellado, todo pareció concentrarse en Lowell con aplastante intensidad. Era agobiante.

—Es una lástima —atinó a decir.

—Escucha, están viniendo como moscas —susurró Leo, como si pudieras oírles hacer un ruido característico. En la cocina su suegra se puso a hablar de nuevo a la misma velocidad y con el mismo tono, como si el brazo de un tocadiscos hubiera vuelto al mismo lugar después de alzarse por un segundo.

—Ha sucedido durante años —continuó Leo con la misma voz sigilosa y urgente, con una expresión en que se mezclaban la actitud confidencial y el miedo—. Años. ¿Entiendes a qué me refiero?

Lowell comentó que entendía. Siempre se sentía un poco ebrio en casa de sus suegros, y después tenía una extraña sensación de resaca, como si le hubieran puesto algo en el café. En realidad, nunca le ponían nada en el café, y podía considerarse dichoso si le servían café. Cuando le servían, las tazas no eran parecidas a las de nadie. Se preguntaba si su suegra guardaba las tazas en un lugar especial, envueltas en una bolsa de plástico. Ebrio no era la descripción exacta; se sentía como si viera pasar los postes por la ventanilla del tren.

Las visitas de Lowell siempre llegaban a un desenlace estéril, a media tarde, cuando en el mundo real la gente real levantaba el periódico dominical del piso y sacaba la coctelera y otros se ponían el sombrero para salir.

—Bien, hasta pronto, Lowell —decía Leo con voz falsa, sacudiendo la mano como si siguiera sentado en el Relaxacizor. Lowell se preguntaba si Leo le estrechaba la mano de ese modo para que Lowell le cobrara simpatía—. Disfruto mucho de estas visitas. Siempre las espero con ansias, no te imaginas. Vaya, el tiempo vuela, y es una pena que tengas que irte.

—Yo... —empezó Lowell mientras su mano era sacudida con creciente velocidad, como atrapada en un mecanismo blando e indoloro.

—No tienes que fingir que lo disfrutaste —dijo Leo—. Hablo demasiado. Créeme, conozco muy bien mis limitaciones. Ahora mismo estoy hablando demasiado. Sin duda no ves el momento de irte de aquí. Esta es buena hora para irse. El sol todavía está alto y fuera hay mucha luz. Si te quedaras más tiempo, me quedaría sin tema de conversación y tendríamos que quedarnos ahí sentados. Ha sido un gusto verte.

—Sí —dijo Lowell—. Adiós —añadió, mirando hacia la cocina, donde su suegra permanecía oculta, inmóvil y aparentemente sin respirar. Habían pasado nueve años, pero aún no le había dicho cómo llamarla, y nadie más se lo había dicho. Habría sido incómodo si Lowell hubiera querido saludarla en medio de una multitud, pero no creía que alguna vez quisiera hacer semejante cosa—. Hasta pronto. Nos vamos.

—Ya te oí... —dijo ella.

—En fin —dijo Leo, tratando de encogerse de hombros, sonreír y mirar atrás al mismo tiempo, mostrando los dientes con tal aire de terror como si hubiera un prófugo armado detrás de la puerta.

—Adiós, papi —dijo la esposa de Lowell.

Yendo a contrapelo del día, atravesaron el pasillo y abordaron el ascensor. En la calle, la gente bajaba de los autos con regalos y niños, pero la tarde de Lowell ya estaba dislocada.

Lowell no había tenido en cuenta a sus suegros al mudarse a Nueva York. Sabía vagamente que Flatbush estaba en las inmediaciones, tal como sabía que había corrales en Chicago, pero nunca se le había ocurrido que tendría que ir allí. Tampoco se le había ocurrido que ir allí constituiría, de un modo curioso y perturbador, la mayor parte de una vida social muy limitada. Había muchas cosas que no se le habían ocurrido. Ahora pagaba por ello. A veces se preguntaba si no estaría pagando por cosas sobre las que no tenía la menor idea.

—Pensé que iríamos a Berkeley —había dicho su esposa nueve años atrás, y su voz le llegaba por el corredor de los años con tanta claridad como si lo hubiera dicho hacía un instante. Era el momento en que su vida había dependido súbitamente de un comentario ocioso, y las puertas del destino se habían abierto: un momento breve, un fragmento de tiempo totalmente insignificante que podría haber pasado tan deprisa como si moviera la página de un libro, pero en cambio había modificado su vida para siempre—. ¿No dijiste que iríamos a Berkeley? —preguntó ella con ansiedad—. Yo quería ir allá. Esas bonitas colinas. Bromeas con lo de Nueva York, ¿verdad? En realidad iremos a Berkeley, ¿sí? Claro que iremos allí, ¿o no? ¿Lowell?

Aún oía la voz, aún veía la habitación, aún olía el viejo sillón verde y panzudo en que estaba sentado.

—Quizá no —dijo. Solo bromeaba. Berkeley era sin duda el lugar adonde irían, y la idea de ir a Nueva York solo se le había cruzado por la cabeza un instante atrás, como un insecto desorientado. Sin duda habría perecido allí mismo si no la hubiera dicho en voz alta. Ahora estaba suelta, y que Dios los ayudara. Incluso en aquellos días su esposa tenía una asombrosa tendencia a ensañarse con una idea peregrina o desagradable, analizando todas las variantes hasta llegar a una conclusión. A veces estas conclusiones adoptaban una forma extravagante y asombrosa, como ir a Nueva York cuando querían ir a Berkeley, pero en ese entonces Lowell no estaba muy ducho en el funcionamiento de la mente de su esposa y no comprendía lo que sucedía hasta que el asunto había avanzado más de la cuenta, a menudo con rumbo a una catástrofe. No estaba preparado para pensar seriamente en levantar su vida como un arbusto y desplazarla un par de miles de kilómetros en una dirección extraña—. Los pioneros solo pensamos en peregrinar —dijo con una sonrisa—. Luchamos contra los indios y cruzamos las praderas.

—No te gustaría esa ciudad —dijo su esposa—. Es grande y sucia, y no vine aquí para regresar allá. Supongo que podría aguantarla un tiempo si fuera necesario, siempre que no tuviéramos que vivir en un proyecto de urbanización pública o en un barrio pestilente. Preferiría ir a Berkeley. Creí que tú querías ir a Nevada. Te aseguro que Nueva York no se parece a Nevada.

—Nunca pensé que Nueva York se pareciera a Nevada —dijo Lowell—. Estoy muy enterado de eso.

—No estás enterado de nada. Créeme, Nueva York no se parece a nada que hayas visto.

—Oh, no estoy tan seguro —dijo Lowell porfiadamente, buscando en su mente un buen ejemplo de algo que hubiera visto y se pareciera a Nueva York. Solo encontró montañas y represas—. De todos modos —añadió con enojo—, solo te desquitas conmigo porque quemaste la torta.

—Es típico de ti —dijo su esposa—. El golpe bajo. Tratas de retrucarme porque te sientes inferior. Siempre haces lo mismo. Bien, no funcionará esta

vez. Ante todo, no quería preparar esa estúpida torta. La hice para ti. Odio la torta.

—No sabía que odiabas la torta... —dijo Lowell—. Seguro que no es cierto. Solo buscas otra forma de atacarme. ¿Qué pasa, estás con la regla?

—No seas grosero —dijo su esposa, apretando los labios—. Te pones grosero porque te sientes como un pueblerino.

—Eso no tiene nada que ver —dijo Lowell.

—¡Ajá! Conque realmente te sientes como un pueblerino. Siempre lo supe, y acabas de confesarlo.

—Un momento —dijo Lowell. Iba a hacer un gesto de impotencia, pero se contuvo a tiempo.

—No sabes cuánto odiarías Nueva York. Me alegra que no tengas agallas para ir allá. Créeme, la odiarías. La odiarías más de lo que yo amaría Berkeley. Ni siquiera sabrías pedir indicaciones a la gente.

—Oye —dijo Lowell. Nunca sabía cómo responder a las agresiones. Lo dejaban paralizado.

—Odio que te sientes de esa manera —dijo su esposa.

—¿Qué tiene de malo mi modo de sentarme?

—Es débil. Tu modo de sentarte es débil.

Lowell se miró, pero parecía estar sentado como de costumbre. Quizá ella se refería a eso. A través de la puerta de la cocina veía el insecticida en su plato sobre la mesada. Parecía jalea de menta y nunca había logrado detener a las hormigas. Ahora las veía trajinando en el piso, una hilera fina y ondulante como un reguero de pimienta. Un coche pasó por la calle.

—Creo que realmente deberíamos ir a Nueva York —dijo en voz baja.

—Ojalá hubiera puertas en este estúpido lugar, así podría encerrarme —dijo su esposa.

—Está el baño —dijo Lowell, mirando la fila de hormigas.

—Es cierto —dijo su esposa—. No había pensado en eso. Vaya, cómo te desprecio. —Pasó junto a él y se encerró en el baño.

Se quedó encerrada en el baño hasta que llegó la hora en que Lowell iba a trabajar en la biblioteca. Al rato dejó de mirar las hormigas y trató de persuadirla de salir, pero ella se negó a responder a sus súplicas y preguntas. No emitía el menor sonido. Lowell comenzó a preocuparse. Se preguntó si

la gente hacía algún ruido cuando se cortaba las muñecas. Sabía que no hacían ruido después, y eso era exactamente lo que pasaba con su esposa: no hacía ningún ruido. ¿Había alguna sustancia mortífera en el botiquín? Creía que no, a menos que fuera posible matarse con una veintena de aspirinas, pero nunca se había puesto a pensar en ello. Podía ir al otro lado de la casa y mirar por la ventana del baño, pero temía que alguien lo viera; se imaginó tratando de aclararle a un policía que estaba mirando por la ventana del baño porque quería saber qué hacía su esposa. Nunca lograría explicarse, y dudaba de que alguien lograra entenderlo.

Ella aún estaba en el baño cuando él salió de la casa, pero para entonces se había inquietado tanto que estaba furioso y convencido de tener razón, y no le importaba. Ella estaba en la cama cuando llegó a casa. No la despertó. A la mañana siguiente Lowell se había olvidado de todo. Odiaba las riñas y era un experto en olvidarlas, en especial después de una noche bien dormida.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó secamente su esposa mientras cargaba la antigua tostadora que había venido con la casa. Estaba en bata. Lowell odiaba esa bata, porque la avejentaba.

—¿Empezar qué? —preguntó. Temía que se refiriese a la riña. Ya le parecía que había ocurrido en otro mundo.

—El viaje a Nueva York —dijo ella—. Tenemos que hacer planes.

—Tonterías —dijo Lowell—. Iremos a Berkeley. Olvidemos el asunto.

—Dijiste que iríamos a Nueva York. ¿O no lo dijiste?

—Sí, lo dije, pero...

—¿Por qué dijiste que iríamos a Nueva York si no iremos? No te sientas obligado a ir a Berkeley. Dios no permita que vayamos a Berkeley si estás emperrado en ir a Nueva York. No prestes atención a mis palabras. Nunca me perdonarás si dejas que te disuada. Come el desayuno.

—Lo estoy haciendo —dijo Lowell. Recordó que ella había observado que su modo de sentarse era débil y se enderezó y se llevó un bocado a la boca con firmeza.

—¿Por qué dices que no iremos a Nueva York? —preguntó su esposa cuando los dos hubieron masticado por un rato—. ¿Acaso es una de tus bromas? Ja, ja. Bien, trata de sentarte en el borde de una bañera media hora

y dime si te gusta. Si hubieras tenido la hombría necesaria, habrías derribado la maldita puerta a patadas, pero no. El señor hizo una broma y a pesar de todo no iremos a Nueva York. Muy gracioso.

—No era una broma —dijo Lowell, esperando haber escogido una buena respuesta. Para él era un poco temprano, y estaba desconcertado, aunque comprendía que se esperaba algo de él. Lamentablemente no sabía qué era.

—Avísame cuando te decidas —dijo su esposa—. Están a solo cinco mil kilómetros de distancia, y sería fácil elegir una de ambas. Sabía que te echarías atrás. Dicen que las mujeres siempre se casan con el padre, y eso fue lo que hice.

—Aguarda un minuto —dijo Lowell—. ¿Por qué dices que me echaría atrás?

—Mis labios están sellados.

—Ya recuerdo. Crees que soy un pueblerino.

—Cuando tomes una decisión, avísame.

—Crees que no quiero ir a Nueva York porque tengo miedo. Ya lo recuerdo. Ahora me acuerdo de todo. —Estaba famélico, y tenía un desayuno completo delante de él, tostadas y salchichas y demás, pero sospechaba que sería menos convincente si probaba un bocado entre una diatriba y otra. Parecería débil o vulgar. Trató de recordar si ella ya lo había acusado de ser vulgar.

—Era una broma —dijo ella, mirando el vacío—. Tú mismo lo dijiste.

—No era una broma, y no lo dije. Solo tratas de confundirme.

—Solo quiero saber adónde iremos, Lowell. Nada más.

Lowell se imaginó arrojando todas las cosas del desayuno al piso con un ademán enérgico, pero eso le recordó que tenía hambre. Si no hubiera tenido tanta hambre, habría salido de la casa hecho una furia, pero no tenía dinero suficiente para comprar otro desayuno en algún lado, y quería desayunar. Se aflojó en la silla y trató de analizar el asunto. En un momento sabía de qué discutían, pero ahora había perdido el hilo.

—¿Por qué estamos discutiendo? —preguntó.

—Maldición —dijo su esposa. Echó la silla hacia atrás, enfiló hacia el baño y cerró la puerta con llave. Lowell tomó el desayuno. Sabía a cartón, y

se preguntó si lo estaba masticando de modo débil. En su familia nadie discutía, o al menos él no estaba enterado. Siempre coincidían en todo, pero por otra parte no hacían demasiadas cosas. Tal vez ese fuera el motivo.

A media mañana, en la biblioteca, Lowell decidió tomar el toro por las astas y anunciar que irían a Nueva York. No era una decisión sino una táctica, y era lo único que se le ocurría; al parecer, su incapacidad para decidir que irían a Nueva York era la raíz del malentendido y el origen de sus desdichas. Era evidente (pensó Lowell) que su esposa esperaba que él decidiera ir a Nueva York para que ella recobrara su papel de subordinación femenina y le rogara que no fueran. Las cosas se habían desmadrado solo porque él era amable, y también porque ella temía en secreto llegar a ser como la madre. Era psicología elemental. Lowell se alegró de haber hallado la solución. No veía el momento de volver a casa.

—De acuerdo —anunció con jovialidad pero con firmeza cuando atravesó la puerta de entrada. Una tarta de queso y cebolla se doraba en el horno y un delicioso aroma impregnaba la casa—. De acuerdo, iremos a Nueva York.

—Odiarás esa ciudad —dijo su esposa—. ¿Cuándo partimos?

Y así fue como Lowell se condenó por su propia boca. No había vuelta atrás. Una pared compacta rodeó su vida y le cerró todos los caminos menos uno, y ese fue el camino que tomó. Su esposa tenía razón: no le gustó esa ciudad. Nueve años después aún oía la voz de ella, clara como una campana y certera como una plomada, resonando en su mente en momentos fugaces y solitarios; un diario mojado se le pegaba al tobillo en una calle desierta y de pronto sentía un frío mortal, y volvía a oír las palabras: «Odiarás esa ciudad. ¿Cuándo partimos?».

Era imposible salir del atolladero. Flotando en una marea de acontecimientos, y furiosamente impulsado por su esposa, notificó a la biblioteca, renunció a su beca de Berkeley y proclamó a los cuatro vientos que había decidido ir a Nueva York, ansiando desesperadamente que alguien le diera un motivo inteligente y convincente para no cometer semejante tontería, pero nadie se lo dio. Por el contrario, cuanto más hablaba de ello, más real se hacía la posibilidad.

—Me han dicho que te vas a Nueva York —dijo su ex compañero de cuarto, cuando se cruzó con él una mañana en la plaza.

—Así es —dijo Lowell, dirigiendo a su amigo una mirada de obtusa súplica—. Mi mujer se opone, pero he tomado la decisión. A menos que algo suceda pronto, sin duda nos iremos a Nueva York.

—Busca a mi tío —dijo su ex compañero de cuarto—. Un tipo sensacional.

—Lo haré —dijo Lowell.

Una por una las luces conocidas de su vida se apagaban, y se sentía como un extraño. Ya no se reconocía a sí mismo; ahora era alguien que se iba a Nueva York.

—No es definitivo —les decía a todos—. Si no me gusta, siempre puedo regresar. No es gran cosa. Te subes al auto y arrancas.

—No dejes de visitar el Roseland —dijo el vicebibliotecario, un hombrecito borroso que era cruel con sus hijos—. Estuve ahí una vez, durante la guerra. Roseland Dance City. Realmente bonito.

—Quizá no esté allá mucho tiempo —dijo Lowell—. Quizá no me guste.

—Ojalá yo pudiera ir —dijo el vicebibliotecario—. Solo tuve un pase de tres días. Una ciudad estupenda.

Lowell se alegraba de que Nueva York tuviera fama de ser un buen lugar donde escribir novelas y de que mucha gente lo hubiera hecho, porque eso era lo que había decidido hacer, escribir una novela. Lamentaba no haberlo pensado antes, porque siempre había querido escribir una novela. Incluso había empezado un par, pero aunque eran bastante cochinas, no eran muy buenas y se las había quitado de encima antes de que alguien las leyera por accidente y se burlara de ellas. Se preguntaba qué habría ocurrido si en vez de mencionar Nueva York hubiera dicho: «Oye, vayamos a Grecia. He leído a qué lugar de Grecia van todos este año». Quizá su esposa le habría dicho que estaba loco de atar.

—Tendré que ir a trabajar —le dijo ella. Desde que habían iniciado los preparativos, ella solía hacer declaraciones súbitas y contundentes, en general proclamas tajantes—. En Berkeley habríamos tenido tu beca, pero en Nueva York no hay otra manera.

—No tendrás que trabajar —dijo Lowell—. Conseguiré un empleo y escribiré de noche.

—Ni por asomo —dijo su esposa—. Te conozco bien. No escribirás una línea si consigues un empleo. No tienes pasta para eso. ¿Qué clase de empleo?

—Pensé que podría conducir un taxi —murmuró Lowell—. Conducir un taxi y escribir de noche. —Se vio conduciendo un taxi, bajando la bandera y preguntando a los pasajeros adónde querían ir, guardando fósforos en la banda de su gorra de taxista.

—Estupendo —dijo su esposa—. Sencillamente estupendo. No sabes cómo me apasiona esa idea. ¿Qué crees que es esto, el programa de Jackie Gleason? Les presento a mi esposo el taxista, lo conocí en la universidad. Creo que te has vuelto loco de remate. Creo que estás realmente chiflado. ¿Tengo que viajar cinco mil kilómetros y deslomarme cuatro años para casarme con un taxista de Nueva York? No te das cuenta de lo extravagante que es eso. No lo puedo creer. En mi vida he usado ropa de ama de casa. Al menos podrías haber dicho que querías ser remachador. Podría haberlo aceptado, o me habría resignado. Los remachadores ganan bien y yo recibiría una pensión si un día desaparecieras del mapa. Me gustaba más cuando querías ser vaquero.

En el fondo, Lowell aún quería ser vaquero, y no solo se sintió lastimado sino que lo entristeció que su esposa se burlara de sus deseos más íntimos, casi como si lo hubiera atacado mencionando algunas de las cosas realmente puercas que él quería hacer en la cama.

—No entiendes —musitó, sabiendo que nunca podría explicar la inocencia de su propósito, la pureza de sus motivos—. De todos modos, no era una gran beca —murmuró.

—Escucha —dijo su esposa—, se te ha metido en la cabeza ser escritor, y serás escritor, no taxista. ¿Qué sabes sobre conducir un taxi? El hombre con quien me casé hace un par de meses iba a ser profesor universitario, por si lo has olvidado. Si quisiera casarme con un taxista, me habría quedado en Flatbush. Me habría ido mucho mejor si me hubiera quedado en Flatbush. Habría podido casarme con Harry Ingleman. ¡Su padre posee una flota entera de taxis!

Lowell se levantó bruscamente y fue a la cocina a prepararse un trago, pero la botella ya no estaba.

—La tiré a la basura —dijo su esposa—. Estás bebiendo demasiado. Tuve un tío que bebía demasiado, y conozco bien la situación.

Curiosamente, aunque su vida en común era horrible y hacía más de una semana que no hacían el amor, ella usaba la ropa que él prefería y nunca había cocinado mejor.

—Estamos a tiempo —dijo Lowell la última mañana, mientras se acomodaba detrás del volante e insertaba la llave de encendido—. Aún podemos cambiar de parecer.

El viejo coche estaba peligrosamente cargado; aunque no tenían demasiadas pertenencias, se las habían ingeniado para encontrar muchas cajas enormes donde guardarlas. Diez minutos antes la propietaria les había confiscado el depósito, alegando que no podía encontrar otro inquilino a mediados del mes, y Lowell sabía que era una mentira descarada pero no podía probarlo. Aparte de eso, todo estaba bien. Había informado a la Universidad de California por correo que ya no necesitaría la bonita beca, gracias. Se había despedido de sus amigos. Con ánimo sentimental, se comprometió a despedirse de un amigo por día, pero pronto se le acabaron los amigos y terminó por despedirse de algunas personas dos veces porque siempre se topaba con ellas en el campus. Se despidió cuatro veces de su compañero de cuarto. Era embarazoso, y al cabo de un tiempo empezó a sospechar que los demás lo miraban de modo raro.

—¿Qué opinas? —le preguntó a su esposa, que tenía cara de piedra.

—Es demasiado tarde para eso —dijo ella—. Este no es el lugar indicado. Adelante.

Costaba creer que cambiar de vida fuera tan fácil como girar un interruptor, pero eso fue lo que ocurrió: Lowell giró la llave de encendido y se alejó de todo lo que había conocido en la vida. Cruzaron la bahía y las colinas, se internaron en el valle y pasaron las montañas, y al día siguiente atravesaron Nevada y después estuvieron en un lugar al que Lowell nunca había imaginado que iría.

—¿Te das cuenta de que soy el primer miembro de mi familia que cruza este río en cien años? —dijo mientras cruzaban el puente del Mississippi en

Saint Louis. Sus emociones eran extrañas y depresivas, pero no tan precisas como para describirlas.

—Gran cosa —dijo su esposa.

Llegaron a Nueva York de noche, atravesando una Nueva Jersey infernal, un paisaje cuya existencia Lowell nunca había soñado, una descabellada maraña de caminos y salidas, rodeada de humo y relampagueos, moles oscuras y columnas de fuego de trescientos metros de altura, envuelta en un hedor semejante al aliento de un perro.

—Ahí está —dijo su esposa.

—¿Dónde? ¿Dónde? —exclamó Lowell, inclinándose sobre el volante, inseguro de todo, con el corazón en la boca y la mente obnubilada. La geometría del lugar era insólita, y nada tenía sentido.

—Allá —dijo su esposa.

Por el rabillo del ojo Lowell entrevió algo enorme y calmo a lo lejos, pero el neón y las luces de otros autos le estropeaban la perspectiva, y le pareció que un cartel era un camión, y estuvo a punto de chocar contra un camión real que ni siquiera había visto. Viró justo a tiempo, y se encontró frente a una encrucijada, con un cartel incomprensible que señalaba cada camino.

—¿Por dónde? ¿Por dónde? —le gritó a su esposa.

—Ni idea —dijo ella.

Y así llegaron a Nueva York.

La mañana siguiente, al despertar, Lowell descubrió con asombro que no estaba en Nueva York, a pesar de todo. En cambio, estaba en Brooklyn. Por algún motivo eso lo asustaba. No recordaba haber ido a Brooklyn. Solo recordaba autopistas y túneles. Era como despertar de un coma. El conserje lo tomó a risa.

—Estamos en Brooklyn —le dijo a su esposa cuando llegaron a la habitación. Ella se acababa de despertar y no parecía sorprendida, aunque sí un poco irritada.

—Correcto —dijo—. El hotel St. George. ¿Qué tiene de raro?

—¿Cómo llegamos a Brooklyn? No recuerdo haber llegado a Brooklyn.

—Veníamos en coche y tú conducías —dijo ella, levantándose—. Pregúntame después.

Fue al baño y abrió el agua. Lowell se sentó en la silla más cercana y se sintió un idiota. Le preguntaría después.

—Deja que sea tu guía —sugirió su esposa mientras terminaban el desayuno en el restaurante de abajo. Lowell sentía el peso del enorme edificio que se erguía encima—. Borough Hall está calle abajo —señaló ella.

—Después —dijo Lowell—. No quería venir a Brooklyn. Ahora tenemos que regresar a Nueva York y encontrar un sitio donde vivir.

—Para tu información, mi estimado experto, Brooklyn está en Nueva York —dijo su esposa con afectación. Lowell odiaba que hiciera eso—. Hay ciertos lugares agradables para vivir en Brooklyn. Esto es Brooklyn Heights. La mejor gente vive aquí. Ah, claro que ya lo sabías.

Primero Lowell le había errado a Nueva York en la oscuridad, y ahora lo presionaban para vivir en Brooklyn. Presionar era la palabra justa: se sentía como si le estrujaran el cerebro y el cuerpo como un tubo de pasta dentífrica. El edificio estaba encima de él y la boca de su esposa estaba al otro lado de la mesa, y uno empujaba hacia abajo y la otra lo sopapeaba con levedad pero con insistencia. Aún estaba cansado de tanto conducir, y al cerrar los ojos solo veía la autopista.

—No —dijo—. Es decir, no es lo que pensaba. Pensaba en Manhattan, y creo que deberíamos ir allá cuanto antes y encontrar una vivienda antes de que se acabe el dinero.

—Como quieras. Si estás dispuesto a aguantar las consecuencias de tu decisión, no seré yo quien te detenga. Tengo que llamar a mi madre.

Llamó a su madre desde una cabina telefónica, pero al regresar no comentó su conversación.

—Le dije que estábamos aquí —dijo, clavando los ojos en un lugar distante donde todo era estúpido. Luego lo guió de vuelta por el puente y entraron en Manhattan, donde él aguantaría las consecuencias de su decisión.

Al final del primer día habían alquilado un departamento en el Upper West Side. No solo era sucio y estrecho, sino sumamente caro. Estaba en una vieja casona de arenisca parda, y antaño había sido un comedor, aunque nunca se adivinaría por el aspecto. Parecía uno de esos cuartos de los

dormitorios más nuevos de la universidad, solo que tenía cocina y no tenía colores suaves. Había dos ventanas en un extremo de la habitación y una cocina y un lavadero en la otra; en un costado había una heladera, y en otro un cubículo independiente que parecía un añadido y contenía un guardarropa y un baño enfrentados. Todas las paredes estaban pintadas de un blanco terso y reluciente, y el ocupante anterior no había dejado su huella. Lowell lo examinó minuciosamente en los días siguientes, pero no había ningún indicio de que alguien hubiera vivido ni hecho nada allí. Todos los rastros de ocupación humana anterior habían sido eliminados, y nada indicaba que la habitación no se hubiera construido un día antes. Lowell estaba seguro de que cuando se fuera nadie sabría tampoco que él había estado allí. Aún parecería que lo habían construido un día antes. Cuando uno estaba a solas, tenía la sensación de no estar allí. Era una sensación escalofriante, y con el tiempo empeoraba en vez de atenuarse.

—Cuando estás sola en la habitación, ¿tienes la sensación de no estar allí? —le preguntó a su esposa.

—Nunca estoy sola en la habitación —dijo su esposa—. Cuando estoy aquí, también estás tú. Aunque a veces me pregunto si de veras estás aquí cuando yo no estoy, si eso es lo que preguntas.

—No exactamente —dijo Lowell.

—¿Cómo anduvo hoy esa novela? —preguntó ella.

—Está progresando —dijo él.

Una vez que se asentaron, no pasó gran cosa. Había una sensación de encogimiento, como una lenta filtración en un globo, como si lentamente se disipara toda la energía de su existencia, toda la luz del cielo, todo el color del mundo, todas las buenas ideas de la cabeza de Lowell. Compraron una cama y una mesa de segunda mano; por la noche se sentaban a la mesa, y Lowell escribía allí durante el día. En una pared colgó su reproducción de *Cielo de verano* de Maurice de Vlaminck y en la otra su reproducción de *Cielo de invierno* de Maurice de Vlaminck. Las pegó con retazos de cinta adhesiva y al cabo de un mes empezaron a desprenderse, formando bultos deprimentes cuando no colgaban de una sola esquina. Cada vez que se despegaban, Lowell las volvía a pegar.

Además de la cama y la mesa, tenían sus lámparas de escritorio de la universidad, sus máquinas de escribir, sus libros y un par de sillas de madera desvencijadas de más de veinte años. La esposa de Lowell había comprado un juego de macetas en la tienda por noventa y nueve centavos; las partes de plástico de las asas se desintegraron al poco tiempo, y había que tener cuidado al levantarlas. También compró una escoba y una pala y aseaba el departamento de cabo a rabo todas las noches, cuando llegaba de la escuela de informática. Primero limpiaba bajo las ventanas, donde entraba mucho hollín durante el día (crujía cuando uno pisaba, para gran sorpresa de Lowell). Luego se ponía a gatas y movía agresivamente la escoba, como tratando de matar un ratón. Cuando se cansaba de eso, barría el corredor entre la puerta y el ropero, atacando con saña el polvo y la pelusa. Luego volvía a ponerse a gatas y fregaba el piso de la cocina con un repasador. Luego preparaba la cena. Comían muchos huevos, preparados de un modo o de otro. Los huevos eran baratos.

Se quedaban en casa casi todas las noches y los fines de semana. En parte era porque tenían poco dinero —obtuvieron la principesca suma de treinta y cinco dólares cuando Lowell vendió el coche a un revendedor de Queens, y el costo de la escuela de informática se deducía del sueldo de su esposa, que ya era bastante magro— pero ante todo no iban a ningún lado porque parecía que no había ningún lado adonde ir. Cuando trataban de decidir qué hacer, casi nunca se les ocurría nada. A veces iban al New Yorker y veían una película vieja. Con mayor frecuencia solo hablaban de ir al New Yorker, discutiendo sin entusiasmo. Nadie los visitaba, y no visitaban a nadie; ninguno de sus amigos de Stanford había ido a Nueva York, y la esposa de Lowell no tenía prisa por visitar a sus amigos de Brooklyn. Nunca los mencionaba. Tampoco mencionaba a su madre, y como no podían costearse un teléfono, Lowell se olvidaba de que su suegra existía, salvo como un concepto difuso. En ocasiones veía a los otros ocupantes del edificio: un anciano pulcro, un chino gordo y rengo, una pareja joven y próspera y una mujer madura de aspecto torvo que siempre usaba guantes blancos y tacos tan altos que era increíble que pudiera caminar. Lowell a veces saludaba a esa gente cuando se la cruzaba en el pasillo, y a veces le respondían, pero no con frecuencia.

Lowell intentó escribir a diversas horas del día para ver cuál le sentaba mejor. Primero intentó escribir por la mañana, y luego por la tarde, pero la gran desventaja de ambas era que la otra quedaba libre, una procesión de horas vacías semejantes a botellas en las que él tenía que verterse una por una, ocupando el espacio hasta que llegaba el momento de verterse en la siguiente. Si escribía por la mañana, la tarde vacía lo miraba a la cara, y si escribía por la tarde, la mañana ya lo había aburrido tanto que estaba demasiado atontado para pensar. Trató de estimularse dando caminatas para observar a la gente. Lamentablemente, había pocos lugares agradables para caminar, y en ellos no vivía casi nadie. Su departamento estaba en una cuadra que tenía una iglesia bautista en una esquina y el campo de juego de una escuela episcopal de varones en la otra; enfrente estaba el fondo de una escuela secundaria, y en el lado de la calle donde él vivía había cinco o seis casonas habitadas por la misma clase de gente que vivía en la casona de Lowell. Al norte y al este estaban demoliendo todo para un vasto proyecto de viviendas públicas. Al sur había incesantes manzanas pardas sin gente, desiertas, silenciosas y sofocantes, como si todos se hubieran mudado o muerto. Descubrió que no siempre le interesaba ir al Central Park; estaba tratando de encontrar algo, no de huir de ello; quería que la ciudad lo estimulara, no que la naturaleza lo sosegara, y el parque era otro lugar aburrido, aunque con hojas. Allí no pasaba nada que pudiera interesarle. En el otro extremo de la escala, en Broadway, las plazoletas de cemento estaban llenas de viejos sentados en bancos, los hombres en trajes deshilachados de color raro dando la cara al sol como plantas agostadas y horribles, las mujeres con su voz de ave de rapiña vieja y las medias sostenidas con trozos de cordel. Lowell no soportaba mirarlos; era como mirar el interior de su propia mente. A veces iba a Riverside Park. Allí también se aburría. Una vez caminó hasta la tumba de Grant. Luego regresó a casa.

Cuando llegó el otoño, fue como si cayera otra manta sobre la pila que le sofocaba el espíritu. Era la cáscara de una estación: más oscura, más fría, con una luz que languidecía en el cielo al tiempo que su cerebro se enturbiaba. Las calles estaban más sucias, y todas las hojas parecieron desaparecer de los árboles del parque en un solo día; llegó a atisbar gente

que correteaba por los senderos con el cuello alzado, dedicándose a sus insondables actividades. Rodeado por millones de personas, Lowell comenzó a temer que un día se olvidara de quién era por mera falta de reconocimiento en los ojos de otros hombres; nadie sabía quién era él, y se lo demostraban. Los niños de la escuela episcopal se reunían en el campo de juego para partidos de fútbol y lacrosse, y Lowell se detenía tras la alta cerca de hierro para mirarlos. Sus gritos lejanos cruzaban la pista de ceniza y la hierba grisácea mientras corrían de un lado al otro. Algunas noches su esposa le preguntaba cómo iba la novela, y él respondía que estaba progresando.

Con el tiempo empezó a escribir de noche, sobre todo porque resolvía el problema de qué hacer durante el día: con un poco de administración astuta, el día desapareció por completo y ya no tuvo que preocuparse por él. Comenzaba a trabajar —o al menos se sentaba a la mesa— poco después de que su esposa se acostaba. Tapaba la lámpara, y no usaba la máquina de escribir hasta que veía que ella dormía a pierna suelta y no importaba lo que él hiciera. Trabajaba hasta que se cansaba o se aburría, y luego se acostaba y dormía hasta media tarde, y se despertaba brevemente por la mañana para despedir a su esposa, con los labios entumecidos. Las desventajas de este nuevo horario eran dos. Primero, se despertaba tan cerca de la hora de cenar que no tenía caso almorzar. Por otra parte, hacía tan poco ejercicio que no tenía apetito. Sus reservas de energía decayeron y cualquier actividad lo fatigaba, pero pasaba la mayor parte de la vigilia inmóvil en una silla, y no le molestaba demasiado a menos que tuviera que levantarse para ir al baño.

La segunda desventaja era que en la práctica daba lo mismo que estar muerto.

Al cabo de cuatro meses había terminado la mitad de una novela vagamente relacionada con la fundación y colonización de Boise, Idaho. El acto de escribir no le procuraba emoción ni alivio; era como vadear hectáreas de lodo, y surtía el mismo efecto cuando la leía. Se leía como lodo. Sin proponérselo, había logrado elaborar un estilo que era blando y denso al mismo tiempo, con páginas enteras de descripciones flácidas e impenetrables, salpicadas con asombrosos interludios de pomposidad y vanagloria que no adornaban, impulsaban ni esclarecían la trama, aunque

daban al lector una idea cabal de las películas que Lowell había visto en su infancia. Personajes tan insustanciales y sofocantes como el humo cruzaban paisajes de color plomizo montados en corceles enormes y deformes, y en ocasiones se ponían a cantar o se mataban a balazos por motivos que solo ellos conocían. Lowell calculaba que había llegado a la mitad porque la cantidad de páginas que había acumulado equivalía a la mitad de una novela común; no había modo de saberlo a partir de la trama, que se relacionaba con derechos de propiedad, incursiones indias y el problema de la libre emisión de monedas de plata. Nueve años después Lowell se asombraría de haber escrito semejante cosa, y para colmo impertérrito en la pureza de su propósito, pero en esa época seguía adelante con la desesperación obsesiva de un hombre que trataba de salir de una tumba. Ya no importaba —si alguna vez había importado— si la novela era buena o mala, si era vendible o era un esperpento insufrible; estaba totalmente concentrado en el acto de escribirla, obsesionado con su papel de autor, y existía la posibilidad, si se daban condiciones óptimas, de que siguiera escribiéndola eternamente, o hasta que su esposa le pidiera el divorcio.

Al cabo de seis meses su esposa empezó a tirar sistemáticamente su ropa a la basura. Era cierto que la ropa de Lowell estaba bastante percutida; nunca se había interesado mucho en la vestimenta, no salía de compras, y la usaba mientras podía, a menudo desarrollando un porfiado afecto por ciertas prendas. También era cierto que su ropa interior era una vergüenza, que sus calzoncillos eran andrajos y sus camisetas tenían tantos agujeros que usarlas era una mera formalidad; por otra parte, era sorprendente ir a la valija que él usaba en lugar de cómoda y descubrir que de nuevo habían escardado sus pertenencias, que la provisión menguaba con el paso de los días, que se aproximaba el momento en que abriría la valija para encontrarla vacía. Peor aún, era siniestro haber guardado la camisa y el pantalón antes de acostarse y descubrir al despertar que una u otro habían desaparecido, y el contenido de los bolsillos estaba apilado en la mesa junto a la máquina de escribir. Siempre intentaba comprar reemplazos, pero nunca se decidía, y entretanto sus quejas no lograban disuadir a su esposa. Ella tenía buenas razones y él no, y no había más que hablar; su ropa se estaba desgastando —quizá no con la rapidez con que la tiraban, pero eso era una mera

conjetura y una apreciación subjetiva, sobre todo cuando discutían sobre el asunto— y de veras se olvidaba de comprar ropa nueva, así que en definitiva él era el único culpable de su inminente desnudez. Si no hubiera intervenido un destino más amable, Lowell pronto se habría quedado en cueros, inclinado sobre la máquina de escribir como un pájaro flaco y obsesivo, una especie de anacoreta excéntrico. Aunque esta situación le habría impedido volver a salir del departamento, al menos vivo, eso también habría estado bien. Se había producido un cambio al aproximarse el invierno, y en vez de ansiar desesperadamente un mínimo contacto personal, había empezado a temerlo. Ya no podía mirar a los comerciantes a los ojos, y era una tortura cruzarse con otra persona en una calle desierta; no sabía qué hacer con sus ojos, y empezó a caminar raro, como una persona que hiciera una mala pero bien intencionada imitación del acto real. Con el tiempo empezó a preocuparse más por la peculiaridad de su conducta que por la vergüenza de que otros reparasen en ella, y trataba de no salir de la habitación.

Un día, mientras revisaba sus papeles, descubrió que su esposa había tirado su partida de nacimiento. No había ninguna prueba de que lo hubiera hecho, pero el maldito documento no estaba, y supo por instinto lo que había pasado. Era un papel azul y crujiente con todas las estadísticas de Lowell transcritas en grácil caligrafía sobre un medallón dorado, con la firma del médico partero, el médico residente y el director del hospital, como un diploma. No solo comprobaba que él había nacido, sino que el hecho de poseerla demostraba que era adulto. Su madre se la había enviado, junto con sus certificados de vacunación, cuando regresó a casa después de la boda. Ahora había desaparecido. Hurgó en la caja de zapatos donde guardaba esas cosas, registró la habitación, buscó en la papelería y en los tachos de basura, pero no la encontraba por ninguna parte. Su esposa la había tirado, así como en ocasiones tiraba papeles en los que él había garabateado un pensamiento importante. Había desaparecido. Lowell estaba ciego de furia, mareado de rabia. Durante muchos meses su estado mental había sido una amalgama constante y curiosamente plácida de tedio y desesperación. Un gráfico habría mostrado una línea recta y chata con una leve inclinación descendente. Ya no estaba acostumbrado a las emociones

fuertes; le faltaba práctica; fue atacado por su propia indignación. Era como si de pronto hubieran encendido una dínamo potente dentro de un cobertizo frágil. No podía lidiar con eso. Tenía que acostarse. Al rato vomitó, y luego se quedó tendido en la cama, abatido, exhausto, agotado y un poco sorprendido, como un adolescente que se hubiera masturbado por primera vez en su vida. Ni siquiera salió de su letargo cuando su esposa entró por la puerta a la hora habitual: su psique era una piltrafa, como un Kleenex viejo sacado del fondo de una cartera. La miró obtusamente.

—¿Qué pasa contigo? —dijo ella—. Por tu cara, parece que hubiera muerto tu mejor amigo. —Se quitó el abrigo y los zapatos y se dispuso a barrer el piso.

—No encuentro mi partida de nacimiento —dijo Lowell—. No está en la caja de zapatos ni en ninguna parte.

—¿Para qué quieres tu partida de nacimiento? ¿Estás seguro de que no está?

—Totalmente seguro. Habrá ido a parar a la basura. No hay otra explicación.

—No seas ridículo. Nadie haría semejante cosa. Seguro que no la viste. Dame esa caja.

Lowell le dio la caja y ella la revisó con gestos exagerados, ordenando los diversos documentos en la mesa como una mano de solitario y luego reuniéndolos de nuevo.

—Qué raro —dijo—. Tienes razón, no está aquí. Quizá la sacaste y se cayó en la papelería. De todos modos, no es ninguna calamidad. Si alguna vez la necesitas, podemos pedir una fotocopia.

Lowell sabía que podía pedir una fotocopia, pero no la quería. Las fotocopias eran cosas muertas. Volvió a acostarse y decidió olvidar el asunto. La farsa de su esposa no lo había convencido, pero se imaginaba el escándalo que se armaría si intentaba acusarla. En esa escena él parecería un chiflado.

Cuando se despertó la tarde siguiente, su esposa estaba sentada en una silla al otro lado de la habitación, usando Levi's y leyendo un libro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él. Las palabras se abrieron paso con dificultad a través de los matorrales de sueño que le obturaban el cerebro.

Despertarse y ver a su esposa era tan perturbador como levantarse en un cuarto desconocido—. ¿Qué hora es? ¿Yo no tendría que estar dormido? ¿Dormí demasiado o me desperté demasiado temprano? Eso es lo que pregunto.

—Es sábado —dijo su esposa—. Nunca he trabajado los sábados. Estás confundido.

—No estoy confundido —dijo Lowell, sintiendo que una fría pluma de pánico le rozaba la nuca—. Fue sábado hace un par de días. No puede ser sábado de nuevo. Debe de ser martes. ¿Dónde está el diario de ayer?

Lowell siempre compraba la edición vespertina del *Times* cuando se despertaba por la tarde. La buscó por todas partes, con la bragueta del pijama abierta.

—No está —exclamó. Todo desaparecía.

—No recuerdo ningún diario —dijo su esposa—. Creo que no compras el diario desde el domingo pasado, y ese lo compré yo. No, espera. Ya recuerdo, compraste uno el miércoles. Usé una parte para forrar el tacho de basura y tiré el resto.

—Miércoles —dijo Lowell. Se concentró, pero no recordaba si ayer había comprado un diario, es decir, no recordaba ese acto en el contexto específico del día de ayer. Recordaba bien el acto, pero cuando trataba de precisar si había sido ayer, no recordaba si había salido de la habitación, salvo para buscar la partida de nacimiento en la basura. Pero siempre compraba un diario; era una de las pocas cosas que hacía todos los días, aparte de comer, ir al baño y escribir el libro. Trató de recordar si ayer había ido al baño. Estaba seguro de que había comido. Su esposa se habría encargado de ello—. Sábado. Sí, claro. Se me olvidó. Estaba adormilado. Ahora estoy bien.

—Magnífico —dijo su esposa—. ¿Por qué no damos una vuelta antes de que oscurezca?

El aturdido Lowell se puso la ropa que pudo encontrar, y su esposa lo condujo a la calle. Sin duda a causa de su confusión anterior, tenía la absurda impresión de que habían construido varios edificios en la zona de renovación urbana desde la última vez que había mirado en esa dirección, pero desechó ese pensamiento.

Esa noche, nada de lo que escribió tenía el menor sentido. La forma de las palabras se había impuesto sobre la función, y tenía la cabeza llena de jerigonza. Era como pronunciar «Etiopía» muchas veces, hasta que se convertía en un sonido intrincado pero arbitrario. Le pasaba con cada palabra que se le ocurría. Por mucho que martillara las teclas, solo podía llevar al papel un balbuceo ininteligible; no sabía si usar una conjunción, un punto y coma, o iniciar una nueva oración, aunque tampoco importaba demasiado. Borró hasta agujerear el papel, insertó hojas nuevas, comenzó de nuevo, pero era como si su mente se hubiera conectado con una banda de onda corta donde solo recibía interminables emisiones de propaganda en abstrusos idiomas centroeuropeos que subían y bajaban de volumen. Al cabo de un par de horas de lucha, el agotado Lowell se metió en la cama con la ropa puesta y se durmió al instante. Soñó con piedras y avena fría y se despertó mucho más temprano que de costumbre, aunque con la clara sensación de pasar del sueño a la conciencia. Era como si la onda corta se hubiera apagado durante la noche, zumbando en el umbral de la audibilidad mientras él soñaba, y ahora la hubieran encendido de nuevo. Era una sensación espantosa e invasora.

Su esposa preparaba el desayuno en la cocina, en ropa interior y con alguna prenda encima. Lowell trató de recordar la última vez que habían hecho el amor. Parecían meses, pero le costaba estar seguro.

—Lo menos que podrías hacer —dijo ella, mirándolo sin placer ni sorpresa— es quitarte los zapatos antes de acostarte. Me has molido a patadas.

Lowell bajó la vista. Era verdad. Tenía los zapatos puestos. Los pies le pesaban muchísimo cuando los bajó al piso.

—Lo lamento —dijo, tratando en vano de acomodarse la camisa mientras estaba sentado.

—Me alegra que lo lamente —dijo su esposa—. Qué estupidez. ¿Cómo anda la novela?

—Está progresando —dijo Lowell. Se puso de pie, y algunas monedas y llaves cayeron al piso desde varios pliegues de su ropa. Se sentía pesado—. ¿Qué hora es?

—Las ocho —dijo su esposa—. Me echaste de una patada hace un cuarto de hora. La única mañana en que puedo dormir de veras. ¿Quieres desayunar?

Lowell asintió en silencio, frotándose la cara. Su piel estaba blanda y aceitosa, como una sustancia de pesadilla.

Después del desayuno fue a Broadway para comprar el *Times* dominical.

—Vaya —dijo el quiosquero—, ha perdido mucho peso. ¿Ha estado enfermo?

—Estoy bien —dijo Lowell.

—Sin ánimo de ofender —dijo el quiosquero—, ¿está seguro de que tiene fuerzas para llevar ese diario? No hay de qué avergonzarse, muchos clientes míos no pueden hacerlo, es un diario grueso. Quizá le convenga sacar las secciones que no necesita, como la sección de viajes y los anuncios clasificados. Algunos clientes míos lo hacen. Créame, se reduce el peso. Deme, yo lo haré.

—No sé de qué habla —dijo Lowell, arrebatándole el diario y casi cayéndose con él. Pesaba como una bola de boliche. Se lo apretó contra el pecho y se alejó tambaleando, dando traspiés, consciente de su aspecto desquiciado y débil. No se había afeitado, y tenía la ropa arrugada porque había dormido con ella.

El regreso al departamento con el diario lo agotó de nuevo, y se desplomó en una silla. No solo tenía la ropa arrugada, sino que esa salida bajo los ojos vigilantes de los peatones lo había hecho consciente de su desaliño. Hasta sus zapatos le parecían enormes. Debía estar en las últimas si se dormía con la ropa puesta y la sentía tan holgada, si un diario le pesaba demasiado y una emisora radial búlgara se había adueñado de su cerebro. No podía seguir así.

—Claro que no —dijo su esposa, sobresaltando a Lowell. No se había dado cuenta de que hablaba en voz alta—. Me alegra que vuelvas a tus cabales —añadió, aunque esta no era una descripción atinada de cómo se sentía. Tenía la sensación de estar perdiendo el juicio, no volviendo a sus cabales, disipándose como el estampado de una tela barata que se ha lavado demasiadas veces.

—Esto es horrible —dijo él.

—Sin duda —dijo su esposa—. Ojalá hubiéramos ido a Berkeley. —Se sentó en la cama y abrió la sección de teatro del *Times*. La hojeó un rato, haciendo crujir las páginas—. ¿Te vas a quedar ahí sentado? —preguntó sin mirarlo.

Lowell abrió la boca, emitió un sonido y la cerró por temor a balbucear. Los zapatos volvían a darle una sensación rara y se preguntó si se los había puesto en los pies que correspondían. Con un grito estrangulado, se irguió en la silla y los miró, pero gracias a Dios estaban bien.

—¿Necesitas algo? —preguntó su esposa con voz extraña, mirándolo con una expresión indescifrable. Lowell comprendió que acababa de hacer una convincente imitación de una persona que acaba de ver a un hombrecito diminuto saliendo de abajo de la silla en un *pony* de ínfimo tamaño, y luego regresar a su sitio. O de un hombre que se pregunta si hace treinta horas que tiene los zapatos mal puestos. No era de extrañar que su esposa lo mirase así. ¿De veras habría tirado su partida de nacimiento? En tal caso, ¿quién podía culparla?

—¡La revista! —graznó desesperadamente—. Estaba buscando la revista. Creí verla en el piso.

Sin dejar de mirarlo, su esposa tanteó detrás de ella y sacó la revista sin decir una palabra.

—Gracias —susurró Lowell. En la tapa había soldados orientales. Él la alzó y se la puso frente a la cara.

—De nada —dijo su esposa.

Pasaron las dos horas siguientes parapetados tras murallas de papel impreso, intercambiando nuevas secciones a medida que las necesitaban, y procurando no mirarse a los ojos. La última sección que apareció ante la vista de Lowell eran los clasificados. Tardó un instante en comprender qué era. ¿Cómo había llegado a sus manos? ¿La había escogido adrede? ¿Su esposa la había puesto donde él pudiera recogerla? ¿Tenía los zapatos bien puestos?

Plegó el diario y miró a su esposa. Ella se levantó de la cama y enfiló a grandes trancos a la cocina, donde se puso a desarmar el anafe, arrojando las perillas y demás piezas en la pileta de aluminio con un ruido que hacía

castañetear los dientes. Lowell recogió su manuscrito de la mesa. Curiosamente, aunque él lo había escrito, no recordaba haber leído nada de eso, pero tenía una idea de lo que encontraría. También sabía lo que pensaría de ello. La primera página era horrenda. La segunda era peor, y la tercera peor aún. Era un testimonio perfecto de su vida de los últimos meses: había empezado con buenas intenciones y sin talento y había rodado paulatinamente cuesta abajo, página tras página, día tras día, como si alguien apagara lentamente las luces y elevara lentamente el sonido. Encaró esto con una sensación chata, como si un peso la hubiera aplanado.

—Conseguiré un empleo —dijo.

—Era hora —dijo su esposa. Cerró la canilla con un movimiento furioso, se volvió y lo fulminó con la mirada. Luego entró en el baño, dando un portazo y echando llave a la frágil puerta.

—No tiene que ser para siempre —dijo Lowell con la inquietante e inequívoca sensación de haber representado antes la misma escena, aunque con otra vestimenta. Esta vez tuvo la sensatez de callarse la boca y esperar, y al cabo su esposa salió con cara resuelta, y comieron una comida abundante y planearon su vida, y ambos se acostaron a la hora de acostarse.

3

—¿CUÁNDO ME DEJÉ EL BIGOTE? —preguntó Lowell, ladeando la cara frente al espejo.

—¿Qué dijiste? —preguntó su esposa desde el dormitorio.

—No recuerdo cuándo me dejé el bigote —repitió Lowell—. Tampoco recuerdo por qué me lo dejé. Ni siquiera me agrada. Es lo más tonto que he hecho. —Visto de cerca, parecía estar perdiendo pelo, si tal cosa era posible. Nunca había sido un gran bigote, ante todo. Era transparente, y de lejos daba la impresión de que el labio superior era lampiño pero estaba sucio. El único motivo por el cual no se lo cortaba al instante era pensar en el caos que ese acto provocaría en las relaciones con su esposa y con su jefe. Su esposa quedaría perpleja, y Crawford se alarmaría.

—Creo que te lo dejaste en 1967 —dijo su esposa—. Fue por allí —añadió, como si 1967 fuera una esquina—. ¿Por qué quieres saberlo? ¿Tiene algo que ver con tu extraño modo de actuar? No sé qué te pasa últimamente. ¿Por qué quieres saber cuándo te dejaste el bigote? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—No importa, querida —dijo Lowell conciliatoriamente—. No tiene la menor importancia. —Volvió a mirarse la cara. Su pelo estaba raleando, pero no daba la impresión de que la frente fuera más alta sino de que le hubieran rebanado la parte superior de la cara. Sus dientes eran frágiles, y su barbilla era pequeña. Su nariz no era filosa sino redonda. El azul puro e inocente de sus ojos nunca había sido enturbiado por conocimientos corruptos y secretos, nunca había sido borroneado por la pena ni agudizado por el mando; tenía treinta años, y sus ojos aún tenían el color de las flores. Sabía a quién se parecía. Parecía un personaje de historieta, un Henry

Tremblechin juvenil. Parecía un funcionario público menor en una ciudad donde los republicanos siempre han tenido el poder. Parecía un alfeñique al que querías patearle la cara.

—¿Ya has terminado, o todavía tengo que esperar? —preguntó su esposa desde la puerta del baño. Usaba falda pero no blusa, y tenía el cabello desmelenado. Lowell pensó que, salvo por unos minutos en la mañana, entre el desayuno y el trabajo, nunca veía a su esposa totalmente vestida: el resto del tiempo estaba vistiéndose o desvistiéndose—. Ni siquiera te estás afeitando. ¿Qué estás haciendo? No me lo digas si es algo repulsivo. Pero date prisa, de un modo u otro. Tengo que arreglarme el cabello, y ya es hora de irme.

—Me estaba mirando la cara —dijo Lowell, apartándose de la pileta. Su esposa le clavó una mirada nerviosa y comenzó a tironearse el pelo con los dedos y el peine, mirando el espejo con ansiosa intensidad. No era buen momento para que Lowell se quedara y se escabulló discretamente.

En la cocina bebió café hasta que llegó la hora en que la radio dejaba de hablar de la guerra, y entonces la encendió para escuchar el informe meteorológico. No importaba mucho qué tiempo hiciera —Lowell solo estaba a la intemperie por pequeños tramos— pero lo tranquilizaba enterarse de los datos de la temperatura y las precipitaciones, y le gustaba conocer el pronóstico. Así podía planear lo que llevaría; siempre le complacía ser el único que tenía paraguas en medio de un chaparrón. En casa su padre escuchaba el informe meteorológico todas las mañanas, y presuntamente aún lo hacía; eso le permitía predecir con inquietante precisión con qué amigos se cruzaría cuando fuera al centro, y dónde los encontraría.

Era un día frío y ventoso con lluvias heladas e intermitentes, aunque se esperaban neviscas a media mañana. La temperatura de Central Park era de dos grados bajo cero y la probabilidad de precipitaciones era del cien por ciento para el resto del día y de la noche. Lowell sacó el grueso abrigo de su esposa, su impermeable de plástico floreado, su sombrero de piel, su paraguas rojo y sus botas de caña alta forradas de piel y los puso en el sofá del *living*. Gritos de consternación salieron del baño, acompañados por el tintineo de una caja de horquillas que se había volcado maliciosamente en

la piletta. Lowell reflexionó un momento y reemplazó las gruesas y abrigadas botas por un par de lustrosas botas inglesas blancuzcas, con puño volcado y cremallera. Luego sacó sus propias prendas —sobretudo y gorra de lana, galochas y paraguas automático, bufanda de cachemira y guantes de gamuza— y las arrojó al mullido sillón junto al pequeño piano de cola que su esposa sabía tocar pero nunca tocaba; lo había dejado el inquilino anterior, sin duda porque solo se podía sacar por la ventana instalando una grúa en el techo, un gasto fabuloso. El piano era solo otro estorbo ajeno con el que tropezaba en la oscuridad, y ocupaba un espacio donde podría haber puesto su sillón Eames.

Sabiendo que se estaba portando bien pero sin que esta mañana eso le agradara, Lowell lavó los platos del desayuno y los guardó, limpió la mesa de la cocina, sacó la basura y se sentó con una segunda taza de café para esperar pacientemente mientras su esposa los retrasaba a ambos para el trabajo. Se preguntó qué pasaría si montaba en cólera y salía en sobretudo como el esposo de las novelas populares. Quizá no fuera capaz de hacerlo. Era un buen tipo. Eso era lo que uno decía sobre alguien contra quien no tenía nada, y con quien no tenía nada en común; uno decía que era un buen tipo. Y eso era Lowell, aun para sí mismo. Un tipo bueno y considerado.

—¡Llegaremos tarde! —exclamó su esposa, irrumpiendo en el *living*—. Ah, eres un encanto. No podía arreglarme el cabello, y ahora volveremos a llegar tarde. Supongo que tú no tienes problema, eres importante, pero yo ya he llegado tarde tres veces, y esa vieja volverá a regañarme. ¡Date prisa! Ni siquiera has empezado.

Lowell salió de la cocina con una sonrisa distraída pero encantadora. Su cara había adoptado esa expresión y ahora no podía zafarse de ella, como si fuera la llave de un luchador.

—También lavaste los platos —dijo su esposa con voz apresurada e inexpresiva, calzándose una bota tras otra—. Qué tierno eres. Mira qué hora es. Estoy retrasada. Tenemos que irnos.

Mientras esperaban el ascensor en el pasillo, Lowell preguntó:

—¿Qué te parece si me corto el bigote?

—No sé de qué estás hablando —rezongó ella. Lowell tuvo la impresión de que esta pregunta, junto con el problema del pelo y el retraso,

había logrado estropearle el día. Eso lo hizo sentir bien por un rato, pero luego se avergonzó de sí mismo.

El cubículo de Lowell en la oficina era un poco más grande que una casilla de baño, pero no más alto, y aunque la puerta decía «SECRETARIO DE REDACCIÓN», Lowell sospechaba que habían pintado esas palabras con el mismo ánimo que lleva a los dueños de estaciones de servicio a pintar «REY» en la puerta del baño de hombres. Las paredes, de un color turquesa claro y turbio, ni siquiera se aproximaban al alto y viejo techo, que parecía residir en su propio plano de la existencia, con sus aspersores y conductos de calefacción sucios de hollín, listo para mojar la oficina en caso de incendio y entibiarla en caso de frío, pero sin mantener ninguna otra relación con ella. Lowell miraba el techo a menudo. No tenía mucho más que hacer. Cualquiera podía dirigir una revista como esa, y de hecho la dirigía un inepto: Crawford, que temía que cualquiera en la oficina menos Lowell pudiera hacer las tareas mejor que él, y terminaba por hacerlas todas para que nadie pudiera ofrecer una deslumbrante exhibición de aptitud. La única tarea específica de Lowell era la campaña publicitaria. Esta consistía en insertar cajitas en las columnas de publicaciones similares, con las palabras: «Los contratistas exitosos leen nuestro semanario, el *Plumbing Contractor's Weekly Sentinel*». El eslogan tenía más de cuarenta años y nunca variaba, y tampoco variaba el tamaño de las cajas ni las publicaciones donde aparecía; todo se había puesto en marcha una década antes de que Lowell naciera, y él no veía motivos para alterar las cosas. El eslogan le sonaba bien. Una vez por mes recibía un fajo de facturas. Las firmaba y las dejaba en el escritorio de su secretaria, y ella se encargaba de hacerlas pagar.

Durante el día surgían pequeñas tareas, y en general se trataba de aprobar lo que habían hecho otros. Siempre aprobaba lo que habían hecho otros, confiando en que conocieran su trabajo mejor que él, sobre todo el contador, un viejo pedante, malicioso y gruñón al que Crawford conservaba con el propósito de doblegar el ánimo del personal de la oficina. Era buen contador, y totalmente obsecuente en sus tratos con Lowell y Crawford, y Lowell no tenía la menor objeción. Otras personas pasaban ante sus ojos en una especie de bruma: jóvenes en ascenso, viejos en descenso, conformistas

que habían llegado a su nivel: todos bregaban juntos para publicar un semanario que solo leían los plomeros, y quizá ni ellos, y Lowell les deseaba buena suerte en su misión. Iban y venían, como incesantes filas de soldados, y todos le parecían iguales. Lowell era una hilera de latas destinada a dar la alarma, y aún nadie había tropezado con él.

Durante nueve años Lowell había alimentado la grata ilusión de que su empleo era provisorio, una parada donde recobraba el aliento y la orientación después de la frustrante y desalentadora experiencia de la novela. No había conseguido el empleo a través de los anuncios sino por medio de Lester, su tío político putativo, un personaje borroso de la familia de su esposa que parecía estar emparentado con todos por igual y con ninguno específicamente. Tampoco tenía una ocupación específica. Era la persona a la que acudías cuando querías salir de un aprieto, y él lo solucionaba, a menudo de modos desconcertantes; siempre tenía un as en la manga. Poseía una oficina en un viejo edificio de hierro de Brooklyn, aunque nadie sabía bien qué hacía allí, aparte de asesorar a sus parientes. Su nombre no figuraba en la lista de la entrada, y en la puerta solo había un número. Una mañana, mucho tiempo atrás, Lowell se había presentado ante esa puerta, acicalado y usando su traje de boda, tras extraviarse en la estación y luego en la calle Schermerhorn. No sabía si debía golpear. Trató de oír los ruidos de la oficina, pero reinaba tanto silencio como si estuviera vacía, algo que era probable por varios motivos, pues el tío Lester no sabía que él iría y Lowell no sabía si estaba en el edificio correcto.

—¿En qué puedo servirle? —le dijo una voz áspera al oído, cortando su divagación como un cuchillo oxidado. Lowell se sobresaltó como si le hubieran manoseado el trasero. Giró, entre sorprendido y culpable, y se encontró con un ancho hombrecito que apenas le llegaba al codo pero parecía muy fuerte, quizá porque también era muy calmo—. Eres de la junta electoral, ¿verdad? —preguntó, sin apartar los ojos de la cara de Lowell. Tenía ojos muy raros. Eran grandes, nunca parpadeaban, y estaban atentos a todo. Detrás de ellos no había alma, solo una fría inteligencia. Lowell tuvo la inquietante sospecha de que un hombre con semejantes ojos lo mataría en un santiamén si pensaba que lo beneficiaría en algo, y no lo disfrutaría mientras lo hacía ni se sentiría mal después.

—¿Tío Lester? —preguntó con voz quebrada.

—Entra.

Lowell titubeó, luego abrió la puerta y entró. El hombrecito lo siguió y cerró la puerta.

—Me llamaste tío Lester —dijo.

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Bien, yo...

—Espera un minuto. —Girando sobre sí mismo para no dejar de mirar a Lowell, el tío Lester se acercó al escritorio, recogió el teléfono, pulsó un botón, escuchó en silencio unos segundos y colgó—. Servicio de respuestas —explicó—. ¿Decías?

—¿Tío Lester?

—Ya has dicho eso.

—Bien, verá usted, me casé con su sobrina Betty, es decir, estoy casado con ella. Hace un tiempo que estamos casados —divagó Lowell. El tío Lester no le ofrecía la menor ayuda, y Lowell comenzó a sentirse como un idiota redomado. Su misión cobraba cada vez más las características de una tontería humillante, como si de pronto se encontrara trotando junto a una estrella de cine para rogarle un papel en una película—. Bien, es decir, en fin —continuó.

—¿Cómo anda Leo? —preguntó el tío Lester.

—Anda bien —dijo Lowell, preguntándose si esto era un modo de poner a prueba su identidad. Trató de pensar en alguna característica de Leo que demostraría al tío Lester que él lo conocía, pero las cosas que se le ocurrían no eran las cosas que uno le decía a un desconocido sobre otra persona, y menos si el desconocido era un pariente—. Anda bien. Lo vi el otro día. Se encontraba perfectamente.

—¿Qué necesitas? —preguntó el tío Lester.

—Bien, estoy buscando trabajo, y Betty me dijo que usted podía asesorarme. Habría llamado, pero nadie conocía el número, así que vine directamente. Si la hora es inconveniente, pido disculpas. No me gusta irrumpir así. Quiero decir...

—¿Qué hacías antes?

—Estaba escribiendo una novela.

Un leve reajuste en las facciones del tío Lester le indicó a Lowell que este dato lo había confirmado como miembro de la familia. Necesitaba trabajo, y había estado escribiendo una novela. Sus credenciales estaban completas: otro pariente inservible.

—¿Sabes hacer maquetas de impresión? —preguntó el tío Lester.

—¿Qué es una maqueta? —preguntó Lowell.

—Qué pena —dijo el tío Lester. Escribió algo en una libreta, arrancó la hoja y se la entregó—. Prueba suerte aquí. Si no funciona, vuelve a verme el próximo miércoles a las once de la mañana. Tendría que funcionar.

—No sé cómo agradecerle —dijo Lowell. Se preguntó si debía darle la mano, pero el tío Lester había metido las manos en los bolsillos del sobretodo, y Lowell pensó que no convenía correr el riesgo.

—Tendría que funcionar —repitió el tío Lester. Dio un paso hacia la puerta y la señaló con la cabeza—. Después de ti.

Lowell pensó que era extraño que el tío Lester se dispusiera a salir de la oficina cuando apenas acababa de llegar. Quizá la oficina fuera una especie de simulacro, y hubiera espejos que vigilaban las puertas y ventanas, y pistolas que apuntaban, mientras el tío Lester monitoreaba a los visitantes desde una oficina real que estaba a la vuelta de la esquina. Pensándolo bien, el lugar no tenía aspecto de oficina; no había alfombra en el piso, el archivero parecía de utilería y no había papeles a la vista. Optando sabiamente por no hablar de estas cosas, Lowell se dejó arrear al pasillo. El tío Lester echó llave a la puerta y se volvió para encararlo.

—¿Tienes dinero para el viaje? —preguntó.

Lowell dijo que sí, y antes de que pudiera empezar de nuevo con sus expresiones de gratitud y humildad, el tío Lester dio media vuelta, echó a andar por el pasillo y dobló una esquina sin mirar atrás. Lowell llevó el papel a la dirección que estaba anotada allí y de inmediato le dieron un empleo de redactor especializado en las actividades de los plomeros. Su esposa se apaciguó como si hubieran agitado una varita mágica, compró un portaligas negro y nunca volvió a mascar chicle.

Como había decidido que ese empleo era provisorio, Lowell no era ambicioso y se tomaba las cosas con calma. Era un trabajo fácil, y lo

afrontaba día tras día tal como a veces usaba el mismo traje durante varias semanas consecutivas. Al principio él y su esposa tuvieron algunas discusiones acaloradas sobre la posibilidad de tener hijos, pero seguían postergándolo, y pronto su vida se había organizado tan cómodamente que la idea se disipó por falta de interés. La suegra de Lowell mencionó el tema un par de veces, enfriando aún más el escaso entusiasmo del yerno, pero al cabo hasta ella desistió.

Nueve años: una interminable ristra de días, un rosario de meses, cada cual tan liso y redondo como el anterior, deslizándose sin tropiezos por su mente. Podía contar con los dedos de una mano los acontecimientos y las pausas de ese período: dos ascensos; dos mudanzas (cada vez más cerca del río); un viaje a Maine, donde notó que las piernas de su esposa habían engordado. Cinco recuerdos en nueve años, y cada cual era un dibujo superficial tallado en un abalorio insulso. Era la vida vuelta del revés: en alguna parte alguien hacía las labores del mundo y los hombres trabajaban en las viñas del Señor, Nikita Krushev era enfrentado en alta mar, y los negros volaban en pedazos y eran encarcelados, pero lo único que hizo Lowell fue mudarse dos veces, decirle a su esposa que usara pantalones, y ser ascendido más rápidamente que nadie en el semanario, un meteoro diminuto y opaco en una caja de fósforos vacía. Ningún redactor de *Life* o *Paris Review* se desvelaba temiendo que el carismático Lowell Lake le arrebatara el puesto; él ni siquiera recordaba la disposición de su propio departamento, y el portero lo confundía con alguien llamado Stone, que vivía en el último piso. Un día Lowell vio a Stone. Era un cincuentón casi calvo, con una actitud furtiva, temerosa, escurridiza, como si esperase el ataque de un gato enorme. No había ninguna similitud entre ellos salvo por el bigote, y el bigote de Stone era negro, no rubio, y probablemente teñido. El portero era notorio por sus pocas luces, y tan servicial como un helecho en maceta, pero Lowell caviló sobre ello durante semanas, y la próxima vez que Povachik lo llamó «señor Stone» estuvo a punto de gritarle.

Sentado a su escritorio con un nudo de terror en el estómago, Lowell miró el techo y trató de pensar en algo inteligente y significativo que diera un propósito a su vida e infundiera nobleza a sus actos. La escritura de una novela quedaba descartada. Había releído su viejo manuscrito dos noches

atrás, estando ebrio, y anoche, estando sobrio, pero la perspectiva de los años no había atenuado su carácter de engendro abominable, y el estado de Lowell durante la lectura no alteraba su percepción: ebrio o sobrio, llegaba a la misma conclusión. Con los años había desarrollado un estilo acartonado y eficiente que le permitía decir todo lo que se propusiera, siempre que se relacionara con reuniones, banquetes, objetos sencillos y códigos de construcción; era un estilo que cansaba rápidamente, y se enrarecía en tramos más largos que un par de columnas estándar. No se ponía denso, exactamente, pero parecía desencajado, como un hombre que hubiera contenido el aliento demasiado tiempo. Sin duda podría haber hecho algo para afinarlo, imprimirle alguna forma, pero no tenía nada sobre lo que pudiera escribir. En ocasiones —aunque con una frecuencia que menguaba paulatinamente— lo acuciaba un impulso débil, una suerte de añoranza blandengue, y sentía la vieja necesidad de volcar algo en el papel, iniciar otra novela, elaborar un relato, algo. Su ambición ardía lánguidamente por un tiempo y se apagaba con un chisporroteo, sin dejar ningún fruto. La verdad era que no tenía temas. Nunca le había pasado nada. Había crecido, había ido a la escuela, había intentado escribir una novela y había fracasado, y había llegado a ser secretario de redacción de un semanario para plomeros. Narrada sin aspavientos, su vida sonaría como uno de esos anodinos cuentos victorianos con moraleja que figuraban en libros titulados *Temas de meditación*, que su maestra de la escuela dominical era tan aficionada a leer en voz alta en la clase. Una vez casi lo había derribado un ejemplar del *New York Times*, y su portero no lo distinguía de un cincuentón. Era verdad que sus padres dirigían un burdel, pero no podía escribir sobre eso; los habitantes de Boise los reconocerían, y se ofenderían. De todos modos, salvo por una burda enumeración de los hechos, no sabía cómo transformar la ocupación de sus padres en un relato. Se imponía la conclusión de que la narrativa no era su fuerte.

Era asombrosamente fácil imaginar lo que le deparaba el resto de su vida, a menos que estallara una rebelión negra o una guerra atómica. No le deparaba mucho, y él la atravesaría pasivamente, adoptando posturas tensas que recordaban a Montgomery Clift, disgustado con lo que pasaba pero incapaz de remediarlo. No tenía talento, y quizá no fuera muy listo. Le

parecía que una persona lista ya se habría aburrido de esa vida al cabo de un par de meses, y él había tardado nueve años. Si su esposa hubiera tenido un hijo enseguida, el niño estaría en cuarto grado, y su padre solo se habría aburrido. Era un pensamiento escalofriante.

—¡Lake! —bramó Crawford desde la puerta, con un cigarro en la boca, como de costumbre. Lowell apartó los ojos del techo.

—Buenos días, Harold —dijo.

—¡Bah! —rezongó Crawford. Se sacó el cigarro de la boca, lo examinó con repulsión y se lo volvió a poner en la boca. En ocasiones tragaba jugo de tabaco en medio de una frase enérgica y por poco se moría asfixiado—. ¿Crees que te pagan para estar sentado sin hacer nada?

Le pagaban precisamente para eso, pero no lo dijo.

—Cielos, Harold —dijo en cambio. Señaló vagamente el escritorio.

—¡Al menos finge que estás haciendo algo! —ladró Crawford. Lowell notó que por dentro estaba feliz, muy aliviado de descubrir que su subalterno había recaído en su típico sopor al cabo de dos semanas de extraños visajes y gemidos de angustia. Crawford había andado de aquí para allá como si hubiera oído rumores de que el planeta se estaba saliendo de su órbita, mirando nerviosa y furtivamente a Lowell—. ¿O engañar a la gente es demasiado esfuerzo? —continuó con un gruñido de deleite—. ¡El secretario de redacción! Por el fantasma de César, ¿yo tengo que hacer todo el trabajo en este semanario? —Tomó un papel del escritorio de Lowell y salió del cubículo a grandes zancadas, mascando el cigarro como si fuera una obscena lengua marrón. Regresó al instante—. Santo Dios, ¿qué demonios es esto? —rugió, agitando el papel bajo la nariz de Lowell.

—Es una lista de compras —musitó Lowell.

—¿Una lista de compras? —El cuello de Crawford parecía agrandarse además de enrojecerse, derramándose sobre el borde del cuello de la camisa—. ¿Una lista de compras mecanografiada? ¿En hojas con membrete? ¿Te has vuelto loco?

—No sé leer la letra de mi esposa —explicó Lowell—. Margaret sí. Es una experta en eso. Siempre lee las listas de compras de mi esposa y me las pasa a máquina. De lo contrario no sabría qué comprar cuando vuelvo a casa por la noche. No merece tanta importancia.

—Lake —dijo Crawford, depositando la lista sobre el escritorio con una especie de alarmante delicadeza—, si no tuviera que dirigir una publicación...

—Dejé la maqueta en tu escritorio hace una hora —dijo Lowell, pues la frase ritual de su superior le indicó que el juego terminaba.

—¡Bah! —exclamó Crawford, como si tuviera algo horrible en la lengua. Llevándose un pañuelo a la boca, salió apresuradamente del cubículo. Poco después Lowell lo escuchó gruñir satisfecho al otro lado del tabique, donde ocupaba un cubículo un poco más grande pero en cierto modo más sórdido que el suyo. Estaba de nuevo en paz, y su paranoia se había aplacado por el momento. Aunque creía con firmeza militante en la ilimitada mutabilidad del hombre, tenía una fe conmovedora en que el último estado de ánimo que había encontrado en una persona era el que conservaría por el resto de su vida natural. Lowell volvía a ser un botarate soñoliento y cordial, y podía confiar en que seguiría siendo un botarate soñoliento y cordial. Crawford tenía calado a todo el mundo.

Esa noche, cuando regresaba a casa, Lowell se detuvo en el Village y compró una chaqueta de automovilista estilo 1930, con espalda con cinturón y doble apertura. Hacía juego con sus pantalones y su gorra, y la llevó puesta debajo del sobretodo.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó su esposa en cuanto la vio, con voz de alarma y ojos desorbitados, como si él hubiera irrumpido en el dormitorio con un par de esposas y una batidora.

—Es hora de cambiar —dijo Lowell—. Me he atascado en un bache, y es hora de salir. Esta chaqueta representa el comienzo de una nueva era.

—No entiendo —dijo su esposa—. ¿A qué cambio te refieres? ¿Será costoso? ¿Lo has analizado y has evaluado los pros y los contras?

—Creo que me has interpretado mal —dijo Lowell, aunque no hubiera sabido explicarle cómo interpretarlo bien. Había comprado la chaqueta por impulso, un indicio de que las cosas se estaban aflojando en su mente, aunque aún no distinguía si se estaban aflojando para bien o estaban por salir despedidas como un cargamento suelto durante una tormenta en el mar. Nunca hacía nada por impulso, jamás. Era natural que su esposa estuviera preocupada.

La noche siguiente fue a una tienda de la avenida Greenwich y compró un par de pantalones de lana y un juego de polainas de cuero. Los llevó a casa puestos. Ya que había tomado la decisión de renovar su vestuario, era lógico que procurara completar su primer atuendo, aunque empezaba a tener sus reservas. Había pensado que si cambiaba su apariencia externa, adoptando un estilo fino y vistoso, ocurriría en su interior un cambio fino y vistoso, y avizoraría nuevos rumbos y descubriría potenciales ocultos con los que nunca había soñado. Pero no se sentía fino ni vistoso cuando estudió la imagen que veía en el espejo de la tienda, vestida con lana y polainas y una gorra con visera en la cabeza. No, ni fino ni vistoso; un extraño instinto lo había llevado a imitar la indumentaria del joven Harold Macmillan.

—¿Estás tratando de decirme algo? —preguntó su esposa cuando Lowell entró en la cocina con esa ropa—. Aún no lo entiendo, pero sin duda estoy recibiendo las señales.

—No es lo que crees —dijo Lowell, desplomándose con desaliento en una silla, con la gorra arrugada en la mano. Había tenido la secreta esperanza de parecerse al doctor Grimesby Roylott, y en cambio le había pasado esto. Ni siquiera sabía por qué había pagado por esos malditos trapos, y mucho menos por qué se los había puesto. Menos mal que no había intentado parecerse a John Kennedy; con su suerte, habría terminado por parecerse a Richard Nixon—. Un sombrero de copa. Quizá un sombrero de copa habría servido.

—Tendrás que alzar la voz —dijo su esposa—. O no te oigo bien o estás diciendo disparates.

—Todo está desquiciado.

—¿De nuevo con eso? Escucha, ¿por qué no consultas a un analista o algo por el estilo? Lo digo en serio. Mucha gente lo hace. No hay por qué avergonzarse. Nadie tiene por qué enterarse si no lo cuentas. Puedes ir en la hora del almuerzo. De todos modos, nunca almuerzas.

—No necesito un analista. No es de ese tipo de cosas.

Ella le clavó los ojos, pero él fingió no prestarle atención y se dedicó a emborracharse. Primero le preparó un trago a su esposa, luego empezó a prepararse tragos cada vez más fuertes; si ella también estaba achispada, no se daba cuenta de nada. Lowell siempre tenía la esperanza de que se le

ocurriera una buena idea mientras estaba ebrio. Pero si se le ocurría algo, nunca lo recordaba por la mañana.

Su vida no se estaba resquebrajando. Al contrario, no revelaba la menor fisura en su blanda e impecable superficie. Era como esa vieja escena de película en que el protagonista sube a un taxi y descubre que el interior de las puertas no tiene manijas y el tabique de vidrio no se puede romper ni permite que lo oigan. Tendría que seguir el viaje, le gustase o no, y quizá un gas mortífero pronto empezara a brotar insidiosamente de un orificio oculto y lo durmiera para siempre. Se necesitaban medidas drásticas; el tiempo apremiaba. Lowell sospechaba que la gente que se hallaba en esta circunstancia no lograba despertarse todos los días. Ya notaba que estaba combatiendo el sueño, luchando contra el viejo impulso suicida de acostarse y tomarlo con calma como un buen tipo. Sus primeros intentos de fuga habían fracasado: al parecer era imposible, al menos para Lowell, salir de esa situación pensando, bebiendo o poniéndose ropa. Aún no veía luz al final del túnel. Había llegado el momento de un esfuerzo supremo. Era ahora o nunca, se dijo, ahora o nunca; desde un rincón recóndito de su cerebro, una voz diminuta susurraba que si no lo había hecho hasta ahora no lo haría nunca. Lowell no escuchó esa vocecita. En cambio, miró el techo del cubículo de la oficina y revisó sus opciones, una por una.

Desde una perspectiva crudamente realista, desechando toda fantasía, eran pocas y desalentadoras. Podía cambiar de empleo, encontrar un trabajo satisfactorio y creativo, conquistar nuevos mundos. Un buen plan, pero lamentablemente, no tenía la formación necesaria para hacer nada. Podía volver a la universidad, pero cada vez que pensaba en ello, un muro se interponía entre sus ojos y su cerebro. No, ni por asomo volvería a la universidad. Pensar en la universidad era como soñar que pasaría el resto de su vida en una playa, en una choza de hojas y madera. Tampoco buscaría otro empleo. Cuanto más pensaba en abandonar su empleo actual y buscar otro, más se ensanchaba el abismo que se abría a sus pies. Eso no sería lanzarse al mercado laboral, sino lanzarse a un pozo. Conocía sus limitaciones. Por otra parte, no se le ocurría otra cosa que quisiera hacer. Llegó a la conclusión de que no estaba hecho para el capitalismo. Dadas las circunstancias, se encontraba mucho mejor donde estaba. Con el tiempo

sería jefe de redacción, y entonces —a diferencia de Crawford— delegaría todas las tareas. Se veía haciéndolo, tan claramente como si ya lo hubiera hecho. Era su destino en el mundo laboral, y decidió aceptarlo. Mejor aceptarlo que coquetear con el desastre.

En cuanto a las artes, entraban en la categoría de fantasía irrealizable. La literatura estaba descartada, nunca había tocado un instrumento musical y no tenía ganas de aprender, y lo único que había pintado era el flanco de una casa, quince años atrás. La sola idea de un logro artístico era ridícula, por agrisulces que fueran los recuerdos de sus ambiciones perdidas y sus esperanzas ahogadas. Pensó en emprender un proyecto de investigación sobre un tema que le interesara, describir sus hallazgos en su mejor prosa de periodista y enviarlas a un lugar apropiado como American Heritage. Pensó en ello un rato, pero nada le interesaba tanto.

A fin de cuentas, su problema era la falta de horizontes. No había ningún horizonte en su vida; la parte que le tocaba consistía en habitaciones, pasillos y vagones de tren, y a veces una calle. Iba hacia donde lo empujaban, y se detenía donde le indicaban. Si una catástrofe se abatiera sobre el vecindario, él participaría pasivamente, quizá sumándose a la lista de víctimas, quizá como sobreviviente aturdido, quizá como pasmado testigo, según a qué distancia estuviera del centro de la explosión. Si no ocurría ninguna catástrofe, seguiría su camino. Cuando los locutores de los noticieros hablaban de peatones, hablaban de Lowell; en las raras ocasiones en que conducía, era un automovilista; dos veces por día era pasajero; la noche del apagón fue un pasajero atrapado en el túnel del tren; si se enfermaba un conocido, él se limitaba a desearle una pronta mejoría; en cualquier situación dada, ocupaba el centro de su papel y rara vez hablaba con nadie. Si se hubiera ido a Nevada para morir de ignorancia y exposición a la intemperie, habría dado igual para los demás, salvo por su presencia en las estadísticas. Era deprimente.

Por suerte, dio con una buena solución esa misma tarde.

—Estás mal de la cabeza —dijo su esposa—. No sé qué mosca te ha picado. No pienso mudarme a Brooklyn, y punto. ¿Qué parte de Brooklyn?

—Puedes ir a encerrarte en el baño —dijo Lowell—. Nada me detendrá. Es hora de que lidemos con la vida real y los temas cruciales de nuestra

época.

—Debes de estar bromeando —dijo su esposa—. Oye, he tenido un día difícil.

—Nunca he hablado con mayor seriedad —dijo Lowell. Trataba de sonar viril y aplomado, pero en realidad estaba nervioso y aprensivo, como si pudiera quedar fácilmente en ridículo si le hacían las preguntas atinadas, como aquella vez que había querido construir un ferrocarril en miniatura en el rincón del dormitorio—. Esta tarde estuve pensando las cosas, y de pronto recordé un artículo que había leído. Mucha gente lo está haciendo, y por muy buenos motivos. ¿O quieres quedarte aquí y estancarte por el resto de tu vida?

Su esposa se volvió hacia la barra y comenzó a cortar una papa.

—Pensé que la próxima vez nos mudaríamos a West End Avenue —dijo con voz rara, pero no se le veía la cara, y era difícil saber qué le pasaba por la cabeza.

Lowell no podía precisar dónde había visto el artículo ni qué decía con exactitud, pero recordaba la idea general. Era todo lo que necesitaba. Gente joven y creativa estaba comprando casas en Brooklyn, en lugares donde solo vivían negros, afrontando firmemente la pobreza y la corrupción municipal. Era la sustancia de la vida. Era lo que él buscaba. A medida que lo pensaba, dejaba de ser el borroso recuerdo de un artículo de revista para convertirse en una inspiración. En el vacío desesperado en que se había convertido su mente, cobró riqueza y color y adquirió una dimensión heroica. En su imaginación se veía recorriendo las calles mugrientas como un moderno *marshall* Dillon, intimidando a los politicastos e inspirando a sus vecinos, provocando la envidia de sus colegas de Manhattan por todas las habitaciones que poseía.

—Ni lo sueñes —dijo su esposa, tras una larga pausa en que ambos habían preparado laboriosamente la cena sin decir una palabra. Lowell trinchaba un pato con la tijera para aves—. Qué va. Me trajiste a Nueva York, pero Brooklyn es demasiado. Además, ¿qué sabes sobre Brooklyn?

La pregunta era pertinente y Lowell no supo qué responder. Un par de segundos después su esposa respondió por él.

—No sabes nada sobre Brooklyn —dijo—. Nada de nada. Por Dios, cuánto lamento no haber ido a Berkeley cuando teníamos la oportunidad. Todo habría sido distinto.

—Eso fue hace diez años —dijo Lowell, compungido—. Hoy es hoy, y no hay vuelta atrás. Tenemos que tomar el toro por las astas.

—Toma tu propio toro por las astas —dijo su esposa—. A menos que vayamos a Brooklyn Heights, pienso quedarme aquí. O quizá Albemarle Road. ¿Eso queda en los Heights?

Lowell no tenía en mente ninguna parte específica de Brooklyn, pero estaba seguro de que no buscaba los Heights. Albemarle Road tampoco le sonaba. Las únicas otras partes de Brooklyn cuyos nombres recordaba eran Flatbush y Bedford-Stuyvesant, pero estaba seguro de que no ganaría la adhesión de su esposa si mencionaba cualquiera de ambas.

—Aún no me he decidido —dijo al fin—. Estoy estudiando la situación.

—Estudia todo lo que quieras —dijo su esposa.

Lowell sabía por experiencia que una conversación de este tipo continuaría indefinidamente, durante horas, con declaraciones y réplicas, afirmaciones y negaciones, la política doméstica del agotamiento, hasta que perdieran de vista el asunto y los dos empezaran a parecerse a una cruz entre *Viaje de un largo día hacia la noche* y *Papá lo sabe todo*. Siempre era así, y Lowell decidió cortar por lo sano antes de que se pusieran tan porfiados que solo el sueño pudiera liberarlos.

—Quizá tengas razón —dijo. No lo creía, pero esa frase siempre la conformaba. Los pocos problemas que habían surgido entre ellos desde la época de la novela se relacionaban con algo que Lowell había dicho o algo que no había dicho, nunca con nada que hubiera hecho. A veces pensaba que podía hacer lo que quisiera siempre que dijera las palabras atinadas, aunque fueran mentiras flagrantes. Era un momento ideal para poner a prueba su teoría—. Sí —dijo, adoptando un tono reflexivo—, quizá estés en lo cierto. Quizá me precipité demasiado. Tendré que encararlo desde otra perspectiva. Últimamente estuve cansado y confundido. Debe de ser eso.

—Pobrecito —dijo su esposa, yendo rápidamente a su lado. Le acunó la cabeza entre los senos, una posición que él detestaba inexplicablemente,

tanto como a ella le complacía, pero que ahora toleró por motivos tácticos —. Lo que necesitas es un buen trago.

Lowell convino en que un buen trago era la receta ideal.